

# El nacimiento del intelectual en Bolivia

Salvador Romero

## El origen de un neologismo útil

El tema de los intelectuales, como una categoría social específica, ha sido poco examinado en el país y afuera. En las últimas décadas ha comenzado a concitar el interés de los investigadores sociales e historiadores, aunque de una manera distinta a la de los autores de las historias tradicionales del pensamiento. Se trata menos de presentar las concepciones de los escritores que de ocuparse de éstos en sí mismos. Siguiendo tal enfoque de trabajo, aquí no se encontrará una historia de las ideas o de las ideologías políticas en Bolivia, si bien ellas puedan aparecer de manera indirecta, ni de ramas de las humanidades como arte, filosofía o literatura, sobre las cuales existen obras como las de Emilio Finot, Fernando Diez de Medina y Guillermo Francovich, para citar algunas entre las pioneras. Tampoco de la cultura en su sentido tradicional, que se refiere a las creaciones superiores de la actividad humana.

El propósito es analizar las condiciones de aparición del intelectual, sus modalidades de acción y compromiso, la difusión y recepción de la obra, los estilos de relación con los pares, con la sociedad, sus reclamos de estatus, de legitimidad. El surgimiento de los intelectuales en las distintas sociedades donde el hecho se manifestó presentó a la vez rasgos propios, particulares, ligados a la historia, a la cultura de cada país, y otros comunes, compartidos, que exigirían una aproximación comparativa. Sin embargo, la dimensión reducida del artículo impide efectuarla ni siquiera para la región, si bien algunos cotejos serán inevitables para aprehender mejor lo propio del fenómeno entre nosotros.

Junto a las comparaciones macrosociales existen las que los escritores establecen sobre sus trabajos con los efectuados por otros autores. Como tales miradas al quehacer de los colegas gravitan en las creaciones personales, resultan insoslayables en el ensayo. Pues como observó Ch. Charle,

los intelectuales pasan lo mejor de su tiempo parangonándose unos con otros, clasificándose en escalas de méritos, de virtudes o de deméritos<sup>1</sup>. Ni los latinoamericanos ni los bolivianos fueron la excepción a la práctica. El joven Alcides Arguedas escribió con franqueza y preocupación en las páginas de su Diario, hasta ahora inédito, que tenía predisposición a ocuparse “mucho de los hombres y, sobre todo, de sus defectos, no para perdonarlos, como la piedad me lo ordena, sino para condenarlos, compararlos con los míos y sentir luego algo así como una superioridad sobre los otros”<sup>2</sup>. Sería un juicio equivocado ver en estas líneas una actitud crítica y autosuficiente, La intención fue distinta: comprender las acciones y la obra propias a través de lo que hacen los demás, como se desprende de la lectura del Diario en su conjunto.

La implantación social del intelectual conllevó una imagen nueva del hombre de letras, del sabio o del artista. ¿A quién se llamó intelectual? No hubo ni hay una definición única. En este caso la figura retenida, que empezó a dibujarse en el momento de su reconocimiento público en los años del affaire Dreyfus, fue la de un escritor o académico de reputación que interviene en un debate público, en nombre de la moral, apoyado en su prestigio. El concepto más tarde se amplió. S. M. Lipset lo aplicó al especialista en el manejo de símbolos culturales<sup>3</sup>. El ensanchamiento del signi-

ficado de la voz no quitó los atributos que presidieron su nacimiento: la aptitud para participar en las controversias acerca de cuestiones morales, políticas y sociales de alcance colectivo, más allá de su competencia, respaldado en su notoriedad e invocando principios éticos universales, notas estas últimas que lo distinguen, sin exagerar el corte, de los creadores de cultura que lo precedieron.

El terreno donde se mueve el intelectual está claramente acotado desde el proceso Dreyfus. Es un neologismo centrado en valores postulados por el pretendiente al título y por toda o una parte de la sociedad a la cual se dirige que supone una convicción compartida: la autoridad de aquél<sup>4</sup>. Esta última es en el fondo moral, aunque no pesa menos que la sustentada en cualquier otra forma de constricción. Por eso los personajes que encarnan esa autoridad, que la ejercen y en oportunidades la hacen sentir a los demás, suelen enfrentar el rechazo o la antipatía de un segmento de su audiencia. Arguedas, que creyó que golpeando fuerte iba a transformar las prácticas en el país, o Tamayo, que cuando hablaba lo hacía desde una altura que lo colocaba muy por encima de sus coterráneos, experimentaron esas reacciones. El radio de la acción se circunscribe a la ciudad y los segmentos medios y altos a los cuales se unen vanguardias reducidas de los artesanos y obreros letrados.

1 Ch. Charle, *Les intellectuels en Europe au XIX siècle. Essai d'histoire comparée*, Points, Ed. Seuil, Paris, 2001, p.11.  
 2 A. Arguedas, Diario, 27-XI-1906. Todas las referencias al Diario llevan sólo la fecha de entrada, pues el número de los volúmenes varía entre la copia aquí empleada y las colecciones entregadas por Arguedas, en mayo de 1941, a las bibliotecas y museos, que se distribuyeron así: un original para las hijas y copias para el Museo Británico, la Biblioteca Nacional de Francia, la Biblioteca del Congreso, de Washington, y la Biblioteca Nacional, de Buenos Aires, Argentina. Cada colección consta de 12 volúmenes en formato grande y un índice de nombres y materias, además de indicaciones sobre el ordenamiento del material. El autor puso como condición que las colecciones se abran al público 50 años después de su muerte. La copia que se ha manejado en este ensayo es la de la familia, que tiene 12 tomos, varios dobles. Como las otras, fue copiada en distintas fechas del original manuscrito.  
 3 S. M. Lipset, *Political Man*, Doubleday and Co., 1961, p. 311  
 4 Cf. P. Ory y J. F. Sirenelli, *Les intellectuels en France, de l'affaire Dreyfus à nos jours*, A. Colin, Paris, 1992, p.9.

Las intervenciones del intelectual son públicas, no se ciñen al espacio privado. Los mensajes vehiculan conceptos, normas, ideales de elevado nivel de generalidad, no necesariamente acuñados por los autores. El uso corriente basta<sup>5</sup>. Sin embargo, los intelectuales de aquí y allá no siempre aceptaron el universalismo abstracto de los principios, de los valores que se les achacaba y que con frecuencia motivaba la crítica de sus actos en los grupos a los cuales se dirigían. La acusación que venía a menudo era la de caer en el idealismo ajeno a la realidad o en los intereses materiales de la política. De ahí que muchos se definieron ante todo con relación a los criterios en juego en su propia sociedad, sin negar que también se percibían como interpretes de la verdad y la justicia, fuera de considerarse como agentes de difusión de ideas y prácticas cosmopolitas.

Argüedas, uno de los primeros en el país en aceptar, no sin algunas reticencias, la designación de intelectual y sentirse como tal, planteó, en su Diario, estos dilemas. Descubrió dos tendencias en los autores franceses: una, “reaccionaria”, adherida al dogma, a las tradiciones, y otra, ganada a un humanitarismo universal, al predominio del derecho y la justicia. ¿Con cuál se sintió más próximo? La última corriente despertaba su admiración, “era más justa y más acomodada a la razón, pero todavía no ha hundido sus raíces lo bastante hondo en el corazón de los hombres”. Por eso consideraba la primera más afín a la idiosincrasia de los pueblos. “Consciente del egoísmo

generalizado de los hombres especialmente en su patria, no se sentía ciudadano del mundo. Al contrario, la tierra, a pesar de sus deficiencias, a pesar de su gente, lo atraía”<sup>6</sup>. Y añadió que “una obra literaria debe reflejar el medio en que ha sido concebida, única manera de contener un vasto sentido de humanidad”<sup>7</sup>. Lo que no significaba socapar en sus escritos las mentiras, el engaño, los abusos, la mendacidad de sus compatriotas. El asunto se volverá a plantear con motivo de la oposición entre intelectuales cosmopolitas, desarraigados y locales, folklóricos, de la caracterización del público objetivo y hasta de la selección de modelos de pensamiento y escritura, sobre los que se volverá luego.

El término intelectual fue, pues, un neologismo usado para referirse a un grupo de personas que ejercieron un magisterio moral y gozaron de una autoridad en la sociedad, que no iba en todos los casos sin contestación. El bullado asunto Dreyfus, que alcanzó un eco mundial, implantó el vocablo, aunque ya su empleo había aparecido antes en muchas partes. En Bolivia, Mariano Baptista, alrededor de 1900, se sirvió de él para descalificar a periodistas, leguleyos de orientación liberal opuestos al régimen tradicional y a la Iglesia que recurren a la autoridad de pensadores franceses e ingleses en particular, sociólogos como Auguste Comte, Herbert Spencer o historiadores como Hipólito Taine, por quien nuestros intelectuales juran como sus antepasados juraban por Voltaire”<sup>8</sup>. Baptista señaló igualmente la falta

5 Cf. P. Ory y J. F. Sirenelli, op. cit., p.9.

6 A. Argüedas, Diario 22-VII-1919.

7 A. Argüedas, *Ibid.*

8 M. Baptista, “La empresa jacobina en Bolivia”, en *La cuestión social*, Tomo III de las Obras Completas, Renacimiento, La Paz, 1932, p.315.

de originalidad de los letrados de Sudamérica, que “toman de cada voltereta francesa una copia inmediata y atropellada”<sup>9</sup>. Baptista, por su itinerario de orador, político, escritor y polemista, por su afán de influir en la opinión pública, por sus tomas de posición frente a los problemas nacionales, por su moralismo católico, fue intelectual antes del afinamiento del término, si bien le dio un significado peyorativo de novelaría iconoclasta<sup>10</sup>.

Por ese entonces, a pesar del uso restrictivo y negativo de Baptista, el concepto de intelectual comenzó a reemplazar al de polígrafo, al de publicista, que estuvieron muy en boga en la época para aludir al hombre de pluma o al sabio que abarcaba muchos campos del saber. No fue sólo una innovación terminológica, fue también una manera diferente de entender un oficio, menos centrado en la creación, en la originalidad, no despreciables por supuesto, o en el valor del escrito en un medio social donde el acto de escribir y publicar era raro, y más bien dirigido a resaltar la capacidad de dar opiniones, de terciar en los debates públicos. En Francia, donde la idea se forjó en su sentido actual, empezó a aclimatarse a principios de 1890<sup>11</sup>. Carlos Medinaceli, en un artículo de 1927 sobre la personalidad intelectual del novelista Jaime Mendoza, señaló que le daba tal título por la naturaleza de su obra, en particular de la novela *En las tierras del Potosí*, publicada en 1907, en la que sobresalía su inclinación

por aportar ideas sensatas y opiniones meditadas a los problemas nacionales. Allí se reflejaba asimismo la sinceridad de su pensamiento, es decir, el apego a la veracidad, que daba autoridad a sus juicios y planteamientos<sup>12</sup>. La citación testimonia que el concepto se hallaba admitido en su acepción específica en la fecha de aparición del ensayo mencionado. No son otros los rasgos atribuidos al intelectual desde Dreyfus.

Los diccionarios castellanos de esos años, por ejemplo el de E. Vera y Gonzáles, de 1885, con todas las voces sancionadas por la Academia de la Lengua, definieron intelectual como una facultad de la mente y no como un comportamiento de personas y grupos. Arguedas lo empleó en su nueva acepción en *Vida criolla* (1905), una narración de las vicisitudes de un periodista donde construye la imagen del intelectual en contrapunteo con las opiniones del común. Éste maneja la palabra pero no para hacer discursos huecos, como aparece en la escena donde se le pide a Ramírez diga algo de circunstancia para ofrecer una cena. La respuesta cortante, seca del periodista se contrapone al verbo incoherente de un tercer comensal. En otro diálogo, un amigo le aconseja abandone su proyecto matrimonial porque es un intelectual ajeno a los afanes jornaleros, dado a las cosas del espíritu, pero el aludido conoce el mundo, los ajetos de las mujeres y de los políticos. Serán las opiniones acerbas en la prensa sobre la política y las instituciones que le costarán el destierro.

9 M. Baptista, “Novadores” en *La cuestión...* op. cit., p.405.

10 La expresión novelaría iconoclasta no es de Baptista. Los diccionarios definen la novelaría como una afición por las novedades, pero aquí se le da una acepción más restringida, que se refiere a la aceptación de teorías y planteamientos por el hecho de encontrarse de moda en ambientes académicos o artísticos de influencia internacional, sin una revisión seria de sus posibilidades analíticas o heurísticas en las sociedades que las reciben. Baptista hubiera aceptado la caracterización.

11 P. Ory y J. F. Sirenelli, op. cit., p.7.

12 C. Medinaceli, “La personalidad intelectual de don Jaime Mendoza”, *El Día*, Potosí, 3-VI-1927, recopilado en C. Medinaceli, *La alegría de ayer*, Imp. Artística, La Paz, 1988, p.158.

*Vida criolla* tuvo continuación en dos novelas no publicadas, sobre las cuales trabajó intermitentemente pero hasta el final de su vida. La primera quedó sin título, el autor la revisó íntegra en 1938-39 y luego más tarde, pero no la consideró aún lista para su impresión. Jugó con dos nombres: “El inadaptado” y “Polvo eres...” (1929), pero no se resolvió por ninguno. En 1939 revisó nuevamente el texto y pensó en otros títulos: “Lodo” y “El triunfador vencido”<sup>13</sup>. Esas dudas reflejan, en cierta forma, las ideas del escritor respecto a la actividad intelectual en su tierra. Se inclinó, sin llegar a resolver las vacilaciones, por el último rótulo, que dejaba flotar la ambigüedad del fracaso entre la personalidad de Ramírez para ajustarse a las expectativas sociales del medio y los aspectos del ambiente que llevan al personaje a abandonar la ciudad. La última novela inédita: “Crepúsculo de oro”, narra un amor otoñal del personaje en París, donde ha vuelto después de fallar en el intento de reestablecerse en La Paz.

Otros escritores de las primeras décadas del siglo XX, como Armando Chirveches y Demetrio Canelas, atestiguan asimismo la difusión del término, poniendo igualmente en escena a intelectuales poco adaptados al ambiente social e impregnados de un pesimismo que frenaba sus acciones, tomado de héroes novelescos, especialmente franceses, afectados de ese mal. La crítica se manifestó pronto contra ese tipo de personaje: aun en Francia, según Sánchez Bustamante, se execra el extravío de las jóvenes inteligencias decadentes, lanzadas a buscar “los misterios y quintaesen-



D. Sánchez Bustamante

cias a través de un lenguaje de sostenida reverberación”<sup>14</sup>. J. Lemaitre, un escritor francés, dijo de los iniciadores de la moda, sus compatriotas, que “manejaban la lengua a su guisa. No como los maestros, sino como los niños...dando a las palabras sentidos inexactos. Así se creen los artistas más delicados...”<sup>15</sup>. Mariano Baptista pensó en parecidos abusos del lenguaje y los responsabilizó del despiste de los intelectuales acunados por el liberalismo. Los novelistas nacionales que mostraron esos personajes también fueron acusados de decadentistas, si bien ellos no buscaban los juegos de lenguaje, pretendían criticar el conformismo del medio, la indiferencia hacia la cultura. Los que escriben y los que piensan encuentran vacío el

13 A. Argüedas, Diario, 17-II-1939 y 17-X-1929, para la primera referencia.

14 D. Sánchez Bustamante, “¿Algo sobre modernismo?”, 1898, en *Opiniones y discursos*, Imp. Velarde, La Paz, 1905, p.69.

15 J. Lemaitre, citado por D. Sánchez Bustamante, art. cit., p.70.

teatro sino está allí el solitario Beckmeyer, encarnación del vulgo, sostuvo Sánchez Bustamante<sup>16</sup>.

La asociación entre el inconformismo y la falta de voluntad para cumplir con sus propósitos marcó al intelectual de las ficciones, pintado en un sentido próximo al de Baptista, como un idealista, iluso, poco práctico, extraño a su ambiente social, enfrentado a las prácticas contraídas de un moralismo de fachada, no al de la vida real, empeñado en cambiar ese estado de cosas, aunque tal vez desesperado al no poder conseguirlo.

Sin embargo, esos personajes no eran sólo importados, la situación social del país apoyó su aparición. La revolución de 1898 acarrió lo que algunos críticos percibieron como el ascenso del cholaje y el declinar de las viejas estirpes. Escritores como Medinaceli, que se consideraron el fin de una raza agotada, incapaz de defender los valores fuertes y recios que caracterizaron a sus antepasados, constituyen, junto al protagonista de *La Chaskañawi*, con sus ribetes intelectuales, un ejemplo de la posición examinada.

El término entró en los usos y pronto todo hombre capaz de escribir se consideró un intelectual. Tal popularidad del vocablo molestó a Argüedas y Sánchez Bustamante, que juzgaron inadecuada su aplicación de manera concreta a muchos periodistas, tanto por la pobreza de sus trabajos cuanto por la falta de moral de su comportamiento y publicaciones. Juicio valorativo sin duda, pero que muestra el uso y abuso de la expresión. Según M. Leymarie, el antiintelectualismo actual es un resultado de esa difusión abusiva en Europa y en otras partes<sup>17</sup>.

## El ejemplo de Zola y de los otros

La función del intelectual en Europa, en los Estados Unidos o América Latina existió antes de la aplicación del término a ciertos individuos y grupos, pero la novedad de su reconocimiento explícito se vincula en primer término al fortalecimiento de una cultura crítica y de una conciencia pública que hunde sus raíces en la filosofía de Voltaire, Rousseau, los enciclopedistas, los utilitaristas anglosajones, pero también en el pensamiento alemán de Schopenhauer y Nietzsche. La expresión de Baptista acerca del influjo de Voltaire en los pensadores bolivianos o de Taine, más tarde, no deja de tener su parte importante de acierto. Luego, al establecimiento progresivo de un espacio de debate público democrático en Francia e Inglaterra, y a la paulatina secularización de la sociedad, que también, en cierto grado, se produjo en estas tierras. Sin embargo, fue el “Yo acuso”, de Zola, durante el affaire Dreyfus, el que dio sentido y contenido al papel de los intelectuales en Francia y en el mundo.

Varios jóvenes bolivianos se encontraban en París en aquel momento, y aunque juzgaron de diferente manera el conflicto, no permanecieron indiferentes al papel desempeñado en éste por los escritores, periodistas, profesores y estudiantes, que tomaron como modelo con distinta fuerza para su trabajo e intervenciones en su propia sociedad.

He aquí el asunto: en 1898, el comandante Esterhazy, autor del documento que condenó al capitán Dreyfus a

16 D. Sánchez Bustamante, “¿Por qué se escribe en Bolivia?”, en op. cit., p.61.

17 M. Leymarie, *Les intellectuels et la politique en France*, P.U.F., París, 2001, p.8.

prisión, salió absuelto del Consejo de Guerra en medio de fuertes sentimientos antisemitas que atravesaban la sociedad francesa. Emile Zola, un novelista de fama, convencido de la inocencia del oficial judío, publicó en el periódico *L'Aurore* su artículo "Yo acuso", comprometiendo su prestigio en el debate. Fue secundado por un grupo de revisionistas: L. Herr, bibliotecario de la conocida Escuela Normal, L. Blum, político socialista, L. Lèvy Bruhl, filósofo y antropólogo, J. Jaurès, político socialista, y una alianza heteróclita de estudiantes, obreros y socialistas que poco a poco decantó y se separó. La movilización de intelectuales obtuvo finalmente la declaratoria de inocencia para Dreyfus en 1906. Fue un triunfo de la justicia sobre la razón de Estado. Los participantes de un bando y el otro se comprometieron en el combate, sin seguir necesariamente sus preferencias partidarias, unos a favor de Dreyfus, otros en contra. Sin embargo, la derecha se colocó masivamente en oposición a la absolución y la izquierda tomó la opción contraria.

Arguedas se hallaba en París y anotó en su *Diario* la profunda división de la sociedad francesa en mitades antagónicas, como consecuencia del asunto, en la cual creyó se expresaba, más allá de la coyuntura, las facetas del espíritu de ese pueblo. Por un lado, se formó La Acción Francesa, encabezada por Maurice Barres, Paul Bourget, Jules Lemaitre, que exaltó los ideales nacionalistas, monárquicos y conservadores, el orden, la tradición y lo francés. Por el otro, los defensores del derecho, de los valores universales, de la Repú-

blica, de la libertad y la igualdad. El boliviano destacó el papel de Anatole France<sup>18</sup> en la segunda corriente.

La prensa local siguió las noticias de cerca. El diario del 14 de julio señaló que "la generalidad (de los franceses) encuentra justa la sentencia de la Corte de Casación y (que) la simpatía por Dreyfus se hace cada día más arraigada". Otras reseñas sobre los homenajes y premios al militar rehabilitado aparecieron en las ediciones sucesivas. La condecoración entregada por la Escuela Militar desató ovaciones de una multitud de gente. Dreyfus además recibió la pública felicitación del literato A. France, señaló en uno de los últimos números "El Diario"<sup>19</sup>.

El asunto Dreyfus fijó el estilo de actuación de los intelectuales en Francia y en el mundo. El peso moral ganado con la obra se puso del lado de los derechos humanos, contra el fanatismo y el espíritu de capilla. La fuerza del modelo atrajo a los jóvenes bolivianos con pretensiones de intelectual. Percibieron en ese papel su dimensión filosófica: el combate por principios, pero además las implicaciones políticas y culturales del enfrentamiento con los poderes civiles, con las autoridades eclesiásticas, con los notables locales. Por eso constituyeron en las sociedades no desarrolladas una figura de la modernidad cuyo prestigio e influencia provenía no de las instituciones tradicionales, tampoco de su origen familiar o de las redes de parentesco en las cuales se hallaban inmersos, sino de la calidad de su obra. Frente a los estatus sociales traídos desde el nacimiento, ellos encarnaron los estatus obtenidos por la capacidad personal.

18 A. Arguedas, *Diario* 13-VI-1907.

19 *El Diario*, entradas del 14-VII-1906 al 25-VII-1906.

## Las circunstancias nacionales en la emergencia del intelectual

En el caso boliviano, el nacimiento de esta categoría social obedeció igualmente a otras circunstancias nacionales. La derrota del Pacífico sacudió profundamente a la Nación. La certeza dolorosa de sentirse sin atenuantes por primera vez del lado perdedor, la ocupación de los territorios del Litoral por el vencedor, que luego se quedó con ellos, cortando al país el acceso al mar, produjo en los bolivianos un estado de ánimo frustrado, crítico, pero a la vez deseoso de transformaciones, de superar los errores del pasado, manifiesto ante todo en las generaciones que nacieron y se formaron alrededor de 1879, año del conflicto con Chile. Esa actitud sería de la juventud se volcó al conocimiento de la geografía, de la historia nacional, de la cultura, de las riquezas naturales del suelo y de las potencialidades de la población, tanto más si al voltear el siglo se cernían las amenazas de los Estados limítrofes en todas las fronteras. "De ahí que las manifestaciones más numerosas del pensamiento se encuentren en los escritos de polémica internacional..."<sup>20</sup>.

Los jóvenes indagaron con instrumentos y conceptos nuevos las razones de la derrota. Hallaron parte de la respuesta en el pasado anárquico, repleto de golpes de Estado y cuartelazos, en las autocracias personalizadas de militares ignorantes, en la falta de instruc-

ción del pueblo, en la pervivencia del dogmatismo y de la moralidad encogida e hipócrita, reñida con la ciencia moderna, en la estrechez de las relaciones sociales que se basaban en el nacimiento, la herencia y los rangos.

Así concibieron para ellos un papel diferente, crítico, renovador. El intelectual, en su nuevo estilo, atrajo a varios de ellos, aunque no todos perseveraron en su práctica. En 1905, Fabián Vaca Chávez resumió la intención que los animaba en la columna "Palabras Libres" de un periódico paceño, donde hicieron sus primeras armas varios de los iniciadores de la carrera de intelectual: "Nos hemos propuesto los que ocupamos esta sección de "El Diario" escribir sobre temas nacionales con la franqueza y la sinceridad que debe caracterizar al escritor en esta época de realismo"<sup>21</sup>. El drama de *Los maestros cantores* de Richard Wagner fue evocado por Sánchez Bustamante como metáfora de la rebelión de los noveles escritores en Bolivia contra la tradición. El compositor descubrió allí la batalla que libra el espíritu novador a las viejas ideas. Beckmesser, fiel guardián de la rutina, representación "del vulgo, del filisteo, del burgués, del paquidermo, busca abatir la joven poesía palpitante de verdad", de independencia, de ideales transformadores. "Reina Beckmesser en Bolivia", sin lograr frenar la aparición de hombres penetrados de arte, literatura, de ciencia, de pedagogía<sup>22</sup>. Para Argüedas fue una suerte de vocación laica, una exigencia, un deber, antes que la fama, en un país atacado de graves dolencias y anomalías, como anotó en su diario<sup>23</sup>. El empeño de construir una buena so-

20 D. Sánchez Bustamante, "El pensamiento de Bolivia en 1897", en D. Sánchez Bustamante, op. cit., p.30.

21 Citado por J. Albarracín, *Armando Chirveches*, Ed. Réplica, La Paz, 1979, p.94.

22 D. Sánchez Bustamante, "¿Por qué...?", art. cit., p.54 y ss.

23 A. Argüedas, *Diario*, 8-XII-1906.

ciudad o, en palabras de Sánchez Bustamante, de “poner un grano en la obra de la cultura patria,” fue común a Mendoza, Tamayo, Saavedra, Gutiérrez, Finot y los otros.

Aunque no fueron sino un puñado de personas en medio de una sociedad casi analfabeta y mayoritariamente campesina, su peso se dejó sentir en la opinión. A principios del siglo el círculo de lectores se amplió con relación al periodo anterior. Poco a poco se instalaron en las principales ciudades del país librerías y editoriales de cierta envergadura, como Arno Hnos., Gonzáles y Medina, Lakermance y Renacimiento, en La Paz, que servían a lectores de clases medias: profesionales, universitarios, funcionarios y políticos, hacia los cuales también enderezó sus escritos aquel grupo. Las mujeres de posición social elevada, como revelan las novelas de época, se interesaron en el género novelesco en castellano y lenguas extranjeras. Todo ese conglomerado constituyó el público de la primera generación de intelectuales. Sin él ella no se hubiese dado. Parte de la herencia de esa juventud, desmantelada por la crítica, por el avance de las ciencias, por los cambios de sensibilidad en la sociedad, aún permanece y ciertos planteamientos se releen y debaten.

Hay que señalar asimismo la influencia de la llamada Revolución Federal en el desarrollo de ese conjunto social. Orquestada por los liberales que trajeron la sede de Gobierno de Sucre a La Paz, este hecho acarreó importantes modificaciones en las relaciones entre las regiones, los hombres y los estamentos sociales. Abrió el horizonte de los jóvenes, intelectuales en ciernes, por su inclinación a la secula-



F. Vaca Chávez

rización de la sociedad, por su mayor atención a la instrucción y al desarrollo de las ciencias. En breve, por su anticonformismo. Por otra parte, el credo liberal nutrió los años formativos de un segmento importante de la generación posterior a la Guerra del Pacífico, no tanto por los planteamientos de política económica o por las concepciones sobre el comercio cuanto por los ideales de autonomía individual, libertad y racionalidad, como opuesta al oscurantismo, soberanía popular entendida como oposición a la tiranía, a las elecciones amañadas con voto comprado o impuesto por medio de prácticas violentas, abusivas, que vehiculó el liberalismo y que formó las actitudes y el equipaje valorativo en el que basaron la pretensión de imprimir una orientación distinta a su actuar.

Mariano Baptista, en *La empresa jacobina en Bolivia*, vista como una acción revolucionaria, radical, atribuyó una influencia perniciosa en la formación de la juventud al discurso liberal. Se trató, según él, de una retórica desatada, de una “hipérbole monstruosa” que sedujo a la gente nueva ofreciendo una libertad absoluta, exagerando hasta la caricatura las fallas del orden conservador. La operación, en su opinión, fue posible entre mozos de corazón y espíritu cultivado, incapaces de vilezas, salidos de hogares nobles, debido a las condiciones de horizontes morales reducidos de la vida civil, con bases de comparación para los estudios, cosas y personas nulas o inexistentes, donde surgían celos, rencillas frecuentes y pasiones tanto más violentas cuanto los intereses que las excitaban eran más monótonos<sup>24</sup>. Ese conjunto de elementos, dominados por el verbo enfático, contribuyó a la catequización liberal de los jóvenes.

Bautista Saavedra, alejado ya del liberalismo de sus mocedades, señalaba, antes de hacer el duelo de esa corriente, las fortalezas del programa liberal de 1885: la libertad, considerada como legítima expansión de las actividades sociales encaminadas al progreso, la soberanía del pueblo, el sufragio popular consciente y depurado, la instrucción obligatoria y gratuita para el pueblo, la libertad de palabra, prensa y asociación<sup>25</sup>. Todos esos principios, fuertemente anhelados por los ciudadanos, cautivaron las mentalidades y voluntades jóvenes.

Muchas de las lecturas de éstos, comercializadas por librerías y editoria-

les como La España Moderna, D. Jorro y Sempere y Co. consistían en textos de los liberales europeos, novelas donde se respiraba un ambiente de libertad y de insurrección contra el tradicionalismo religioso y moral. La mirada crítica de Baptista da cuenta del hecho diciendo que (los adolescentes) leían periódicos deformadores, novelas pornográficas, revistas ligeras que los revestían con la toga de letrados y de políticos puebleños<sup>26</sup>. El revés de la observación del líder conservador descubre la afición por la lectura de libros no convencionales, distintos a las obras aleccionadoras de la moral corriente, de los muchachos ganados por las doctrinas racionalistas y liberales.

## Los dilemas de la política militante

Sin embargo, las relaciones con la política partidista y con el partido liberal y otros salidos de la misma vertiente fueron diferentes, según las personalidades, el grado de compromiso con el partido o con el oficio de intelectual. Entre los jóvenes que pasaron por el liberalismo estuvieron: Abel Alarcón, Alcides Argüedas, Juan Francisco Bedregal, Armando Chirveches, Casto Rojas, Bautista Saavedra, Daniel Sánchez Bustamante, José Luis Tejada Sorzano. Algunos lo abandonaron en momentos de crisis, cuando las promesas se juzgaron incumplidas, otros perseveraron y se alzaron hasta las más altas esferas del Estado. Saavedra militó en el republicanismo y alcanzó la primera magistratura de la Nación. Tamayo fundó el Partido Radical y llegó a ser presidente electo de la República.

24 M. Baptista, “La empresa...”, art. cit., p.253.

25 B. Saavedra, *La democracia en nuestra historia*, Gonzáles y Medina, La Paz, 1921, p.75.

26 M. Baptista, “La empresa...”, art. cit., p.354.



El General J.M. Pando, en los años del predominio liberal

La participación política siguió diferentes modalidades de involucrarse y dedicarse. Algunos, como Argüedas, Bedregal, Chirveches, Tamayo y Tejada Sorzano, manifestaron hacia la disciplina partidaria reticencias, sentimientos encontrados, desgarrres. En repetidas ocasiones pusieron por encima de aquélla la independencia de pensamiento y la valoración de la misión del intelectual antes que la consigna partidaria. El autor de *Pueblo enfermo*, sostiene R. Ballivián, un escritor que lo conoció bien, “en algunas ocasiones de su vida llega a ocupar funciones públicas. Fue ministro de Estado, parlamentario, diplomático, etc., pero él consideraba siempre estas situaciones como transitorias e intrascendentes. Incluso llegó a menospreciarlas”<sup>27</sup>. En una conferencia ofrecida a un grupo de universitarios sobre sus libros, Argüedas aconsejó: “mezclarse en política, participar de las inquietudes de la hora”, pero sin apasionarse, es decir, evitando el espíritu partidista, intolerante, propenso a entregarse al caudillismo<sup>28</sup>.

No fueron, pues, intelectuales orgánicos, en el sentido dado a esta expresión por Gramsci. Pero tampoco, como la prensa y los políticos intentaron mostrarlos con una imagen caricaturesca, unos ingenuos u oportunistas, siempre descontentos, en contra de todo, poco realistas, perdidos en un mundo de vaguedades. “Lo que esta querida patria quiere son hombres prácticos y de acción, no soñadores que viven en el mundo de las quimeras...”, censuraba un periodista a Ramírez en *Vida criolla*<sup>29</sup>. A menudo lo que se pedía a los noveles escritores era una actitud de complacencia o de aceptación hacia las acciones tomadas por el grupo político al cual adherían o entregaban su simpatía, y no todos se plegaron, al contrario, señalaron las fallas.

27 R. Ballivián, *Entreactos*, Ed. Universo, La Paz, 1961, p.136.

28 A. Argüedas, *La danza de las sombras*, Obras Completas, tomo I, Ed. Aguilar, Madrid, p.679.

29 A. Argüedas, *Vida criolla*, Ed. Camarlinghi, La Paz, 1975, p.221.



Desde el advenimiento de la República, los políticos apenas orientaron sus prácticas por principios doctrinales que, en el mejor de los casos, sirvieron para encubrir las intenciones reales de la conquista del poder: los privilegios y las ventajas de su ejercicio. Los conservadores y liberales estuvieron más imbuidos de una visión global del hombre y la sociedad. Sin embargo, una vez conseguido el gobierno, también ellos, en su mayoría, se volvieron tan pragmáticos como sus predecesores. Los jóvenes liberales, molestos por la marcha de la política, chocaron con los dirigentes y censuraron sus actos. Argüedas, en *Pueblo enfermo*, juzgó que las luchas políticas en el país

surgían “por el deseo inmoderado de los hombres por mandar, no con vistas a proseguir la realización de un ideal...que sea un reflejo del ideal colectivo sino para satisfacer vehementes impulsos de vanidad personal, primero, y de lucro, en segundo lugar, porque... los gobernantes por atavismo son inclinados a rodearse de una fastuosidad reñida, más que con la democracia, con el gusto. Para ellos, el prestigio se impone por los ojos y en esto no andan equivocados, dado el elemento étnico predominante en el país”<sup>30</sup>. No desconoció a los personajes de excepción, pero tampoco ahorró las denuncias a sus correligionarios llegados al poder. Tamayo no quedó a la zaga: en los artículos de prensa después reunidos en *La creación de la pedagogía nacional* sacudió a sus conmlitonos del radicalismo por el pongueaje y el servilismo con los mandones. Bedregal, en los diálogos de *La máscara de estuco*, repletos de picardía, golpeaba con fuerza a los gobernantes de turno. Los escritores que vinieron después, con una educación ideológica más sistemática y exigente, hicieron gala de su compromiso político o partidario, sin quedar completamente a salvo de volteretas llamativas de posición.

En breve, la intervención de los primeros intelectuales en las actividades políticas, su crítica de la misma, los planteamientos en los temas de atención colectiva, aun si no seguían a la mayoría, prueban que no desdennaron mezclarse en los asuntos de la sociedad, lejos de cualquier torre de marfil, intentando no dejarse arrastrar por el puro espíritu de facción.

30 A. Argüedas, *Pueblo enfermo*, Ed. Isla, La Paz, 1979, p. 225.

## Pelos hirsutos y manos regordetas. Lo cholo y lo indio entre los intelectuales

Los cambios del liberalismo en el poder desasosegaron a los intelectuales del partido, que vieron en el cambio de las relaciones de clases oportunidades y riesgos. Saludaron el avance social del hombre de talento con independencia de su origen familiar. Argüedas elogió a algunos políticos salidos de hogares con padres de poncho y ojotas. Pero consideraron la subversión de rangos, el ascenso de los cholos, vale decir, de los mestizos, cuyo comportamiento explicaron con una mezcla ambigua de racismo duro, biológico y sociologismo cultural, un peligro para la sociedad y la política, por su chatura intelectual, por su ceguera hacia al arte y la moral, por su excesiva ambición de poder y dinero. Para éstos guardaron el nombre de filisteos, lo que apuntalaría en parte la hipótesis de que, a pesar de no haber podido escapar del todo a las percepciones, al lenguaje tradicional, teñido de prejuicios raciales, a las ciencias sociales finiseculares, la crítica del cholaje mostró elementos de contenido social, cultural.

Sin embargo, el fenómeno no era nuevo. Antes de 1898 otros hombres de extracción popular, del medio cholo, se habían hecho del poder gracias a los cuartelazos. La novedad del hecho quizá radicó en la envergadura que tomó la movilidad de los cholos que ocuparon funciones públicas en lo alto de la escala de jerarquías. Muchos de los políticos liberales paqueños fueron considerados por las élites conservadoras del sur del país

como pertenecientes a ese estrato social. La República incorporó tempranamente a mestizos de baja extracción en puestos administrativos inferiores. Las críticas de los intelectuales de la primera fase, como Argüedas, Tamayo, Finot y Chirveches, al mestizaje equiparado en forma gruesa al cholaje, se refería principalmente a los recién llegados, que pateaban las puertas con pugnacidad. Pero, por otro lado, descubría que ese estamento social ya se encontraba bien instalada en toda la gama de ocupaciones y en especial en la administración pública y había penetrado todos los grupos estamentales.

El término cholo aludía a la persona de sangre mezclada de indio y español que fue cargado por sus taras morales no sólo en el país sino en otras partes con la responsabilidad del desorden político y el estancamiento de la sociedad. Pero la categoría no discriminaba bien. Se incluía en ella a los descendientes de caciques y peninsulares que detentaron desde la Colonia elevados estatus sociales y desempeñaron funciones de importancia política, tal los Calahumanas, Guarachis, Cusicanquis, Siñanis y muchos más, o sólo se reservaba la apelación a quien permanecía en lo bajo de la escala. Si esto fuera así, la acepción del término puramente racial quedaba desvirtuada.

Ni Argüedas ni Tamayo fueron teóricos sistemáticos, hombres de sistema, ceñidos a una coherencia sin fisuras de las proposiciones, ni tampoco los demás. El acercamiento a la realidad estuvo marcado, no cabe duda, de un cierto fatalismo racial y geográfico tomado de científicos decimonónicos, diferentes de los pensadores del siglo

XVIII más centrados en las instituciones, que entró en contradicción con sus anhelos de transformación, de cambio social, bajo los cuales iniciaron su carrera. No conviene pues exagerar el alcance de afirmaciones como las que hizo Argüedas reiteradamente en distintos textos sobre el cholo, el mestizo, acusado de producir las patologías nacionales. También las formularon con expresiones propias Tamayo, Finot y Chirveches en sus novelas.

Junto al determinismo de la raza y del medio físico aparecieron otras explicaciones, más culturales y sociales, como las características de la convivencia en ambientes limitados, la falta de empleos, de industrias, el escaso avance de la educación, la pervivencia de los rangos, la lentitud de la movilidad social que la Revolución Federal estaba acelerando.

Los conceptos de la intelectualidad novel no carecían de hendiduras por donde la esperanza de las transformaciones se colaba, cuando no los subvertía. Si la creencia en la fuerza de la herencia o del espacio físico no hubiese admitido que el hombre, la sociedad, pueden cambiar, vana, inútil, sin razón hubiese sido la política, que ocupó a toda la generación. ¿Para qué intervenir en ella si los juegos están hechos de una vez para siempre? Las explicaciones riñeron así con los propósitos, con las intenciones de Argüedas, Tamayo, Finot<sup>31</sup>.

La carta prólogo de Ramiro de Maetzu para *Pueblo enfermo* (1909) contiene elementos importantes que ayudan a circunscribir las ideas del boliviano, que éste pareció compartir. Previno contra una interpretación fatalista del texto: “El patriotismo, amor al cabo, ha de ser grillete, no ceguera, razonó el español. Hemos de ver a nuestra patria tal como es, pero no quererla por ser como es, pues entonces seguiría siendo eternamente así”. Añadió líneas abajo: “... ¿Por qué no anda la gente...? ¿Por qué no ando yo? ... y ¿qué se adelanta con que yo ande, si los demás no me siguen?... Las cosas son así... por la raza, y por la geografía y por la historia... un impulso misterioso acaba por decirnos: Pero si yo me reformo, ¿también los otros pueden reformarse!” Y concluyó: “ya no somos hijos del pasado, sino del futuro”<sup>32</sup>. El prólogo de Maetzu no puede sino mitigar, disminuir el determinismo a rajatabla que se atribuyó a Argüedas. Indudablemente, al afirmar la educación como medio de progreso y valorar la ciencia y el arte, no negaba la existencia de los factores raciales, del medio, pero el rigor se aflojaba. El recurso a estos últimos, desde el inicio, no formó en el ensayo ni en los textos históricos un bloque granítico en lo que respecta al blanco, al indio o al cholo, cuya ascensión social se hizo evidente con el advenimiento de la democracia des-

31 Argüedas ha sido el más criticado por las referencias a la raza y el medio en la interpretación de la sociedad boliviana, en particular por la desconsideración del mestizo, del cholo. Se ha sostenido que en los últimos años de su vida acentuó su conservadurismo, su pesimismo, su racismo, dolido por el desastre del Chaco. Ahí se levantaron los fantasmas más temidos por el escritor. Sin duda, en la última versión de *Pueblo enfermo* eliminó las propuestas para curar los males del país y fustigó con mayor fuerza al cholo, al hibridismo étnico, hasta invocar, a fin de apoyar sus planteamientos, los discursos de Hitler. Pero se pasa por alto que en ese mismo momento descubrió la capacidad de asimilación del indígena, por su intervención en el conflicto con Paraguay. La II Guerra Mundial igualmente trajo vientos distintos en su pensamiento. Debilitó sus creencias en las virtudes de la raza blanca, que ya no aparecieron más como inmodificables. Se llenó de horror por la barbarie teutónica, así como por los sistemas totalitarios. Más importante aun, lo condujo a definirse como mestizo. “Lo que harían estos arios asesinos con nosotros, los pobres mestizos desarmados e indefensos”, anotó en su Diario (18-VIII-43). Los acontecimientos mundiales terminaron así resquebrajando las creencias en las razas y la geografía, pero los temas fuertes de sus escritos no desaparecieron por completo.

32 R. de Maetzu, Carta prólogo a *Pueblo enfermo*, Ed. Isla, La Paz, 1979, p. XV y XVI.

pués del conflicto del Pacífico y de la Revolución Federal.

No es pues arbitrario señalar que en la mente de Arguedas y de los demás de su generación los genes y el medio no constituyeron una totalidad completa, inatacable e inmodificable. No se trató, pues, de émulos de Tiresias, profeta de Tebas engeguado como castigo por haber mirado a Atenea desnuda. Les quitó la vista pero les dio el don de la profecía, de ver el futuro, mas sin poder cambiarlo. Los ensayistas nacionales no eran de esa laya.

La posición con relación a los grupos populares, al cholaje, la antipatía por los pelos hirsutos, las manos cortas y regordetas, los rostros herméticos, no fue puramente teórica sino enraizada en las amenazas a su propio estatus, en el evidente asalto a la fortaleza, en el aumento de su peso político por el crecimiento del voto popular, favorecido por el inicial crecimiento urbano.

De ahí, igualmente, el aire de un pesimismo que rodeó a su acción como escritores y a su aceptación en la sociedad, si bien ese estado de ánimo también provino de las lecturas, sobre todo de escritores franceses y alemanes. Empero, en otros momentos consiguieron mostrarse confiados y convencidos de su oficio.

El indio también estuvo en el centro de sus intereses. La Revolución Federal, debido al papel que en ella tuvo la sublevación de Zárate, “el temible Willca”, atrajo sobre él las miradas, a menudo bizcas, de la sociedad. El cholo urbano era un aliado viejo de los liberales, en tanto que el indio, que mostró su potencial fuerza, si bien no era la primera vez que ponía en vilo al mundo andino, despertó te-



more y al mismo tiempo la conciencia de la urgencia de desarrollar un trato distinto al del pasado.

A los intelectuales les atingió enormemente la situación de los indígenas, sus posibilidades y limitaciones, examinadas a la luz de las ciencias sociales de la época. De esta manera, la cuestión social en el país se centró en torno al cholo y al indio, respecto a los cuales se produjeron debates, ensayos y novelas. La educación del indio, así como sus condiciones de vida y trabajo, alimentaron enormemente las inquietudes y ocupaciones de los escritores en sus inicios.

La matanza de Mohoza y el posterior juicio contra los responsables produjeron un fuerte impacto en el debate de los intelectuales sobre el indio. Bautista Saavedra, abogado defensor de los procesados, aliados de

los liberales durante el conflicto con los conservadores que habían asesinado cruelmente a los soldados de una tropa federal (liberal), para tratar de salvarlos utilizó el argumento de una violencia salida del atavismo de la raza, “de una cierta perversidad ingénita en complicidad con el medio”, que impulsó la masacre hecha por los indios<sup>33</sup>. Hubo otras opiniones. En *Wata Wara*, una novela primeriza, Arguedas justificó el asesinato de unos patrones abusivos por parte de sus colonos nativos. Sánchez Bustamante, en sus *Principios de sociología*, de 1903, desarrolló respecto a las razas argumentos más abiertos y prometedores que los de sus contemporáneos. Definió la raza como una mezcla de elementos transmitidos tanto por los genes cuanto por la sociedad y la cultura. No vio en ella ninguna fatalidad que la educación y las oportunidades no pudiesen superar. Por lo tanto, se desprende del planteamiento que si un grupo racial ocupaba una posición inferior dentro de una sociedad había que atribuirlo en gran medida a la falta de instrucción. No habló en concreto del indio, pero el tratamiento de las razas también se aplica a él. Además, a diferencia de muchos de los argumentos de otros intelectuales, Sánchez Bustamante consideró el mestizaje como biológica y socialmente positivo, consideración general que, sin forzar las tesis del sociólogo, se podía extender a los procesos de mezclas étnicas del país, es decir al cholaje<sup>34</sup>.

Las tomas de posición sobre el indio, el cholo y sus actos no se encuadraron necesariamente en las líneas fijadas por las agrupaciones partidarias. Las posturas asumidas por la intelectualidad liberal podrían considerarse contradictorias con los ideales de igualdad y de soberanía popular acarreados por esa corriente. “¿Serán un expresión del manido eclecticismo del pensamiento boliviano y latinoamericano de entonces?” De acuerdo con J. L. Romero, la singular mezcla de ideas excede la calificación de eclecticismo. Se lee y se selecciona de múltiples fuentes, según las demandas y requerimientos de la realidad americana<sup>35</sup>, que guía la adopción e interpretación de los puntos de vista. El tema de la igualdad, de la soberanía del pueblo, como señaló Saavedra, en la práctica del liberalismo se hizo bajo la modalidad de cambio paulatino, no de revolución inmediata. Los principios igualitarios y populares fueron supeditados al avance de la educación para los sectores que carecían de ella. El sufragio se alcanzaba a medida que se llenaban las condiciones de instrucción, propiedad o renta<sup>36</sup>. De igual manera, el poder debía ser ejercido por los mejores desde el punto de vista intelectual y moral. De ahí la repulsa hacia los aprovechadores, los oportunistas, que simulaban esas cualidades, hábiles en la alabanza, en el servilismo, en la complacencia hacia los poderosos. Contra éstos Arguedas escribió muchas páginas de su Historia y se desencadenó en las anotaciones del Diario.

33 Citado por E. Paz Soldán, *Alcides Arguedas y la narrativa de la nación enferma*, Plural, La Paz, 2003, p.50.

34 Cf. D. Sánchez Bustamante, *Principios de sociología*, Imp. Artística, La Paz, 1903, p.72.

35 J. L. Romero, “Ilustración y liberalismo en Iberoamérica”, en F. Vallespin, *Historia de la teoría política*, tomo III, Alianza Editorial, S.A., Madrid, 1995, p.448.

36 B. Saavedra, *La democracia...*, op. cit., p.144 y ss.

## ¿Quiénes fueron estos intelectuales?

La elección de los primeros años del siglo XX como el momento de la manifestación de la intelectualidad nacional, sin pretender establecer un período con precisión rigurosa, no es tampoco un capricho. Fuera de las razones anotadas, del uso del término, como testimonian los polémicos artículos de Baptista, de la existencia de un argumento socio-demográfico según el cual la entrada en la escena de un nuevo conjunto de hombres de letras se hace cuando la mayoría de los predecesores ya ha cumplido los 40 años o ha desaparecido<sup>37</sup>, se produjo la creación en los primeros años del siglo XX y en las principales capitales del país de ce-

náculos literarios, donde se discutía sobre autores y obras y se leían las primicias de sus miembros. Se consagraban maestros o se decretaba la caducidad de otro, entroncaron con ese movimiento<sup>38</sup>.

En La Paz, el grupo reunido bajo el nombre de *Palabras Libres* fue conformado por Argüedas, Chirveches, Alarcón, Vaca Chávez y Emilio Finot, todos liberales. En Sucre, el grupo estuvo constituido por J. Mendieta, C. Peñaranda, G. Reynolds y O. Molina, más inclinados a la poesía y a la bohemia<sup>39</sup>. Cochabamba cimentó la *Sociedad 14 de septiembre*, una verdadera academia, a decir de Sánchez Bustamante, donde la juventud iba a pulir sus ensayos y a coordinar trabajos. En ella se formaron Armando Méndez, Eufronio Viscarra, Ismael



Argüedas (segundo lugar, sentado y a la derecha) entre un grupo de intelectuales de la época.

37 Alrededor del 900, los escritores mayores más notables, nacidos en los años 60 o antes, habían pasado el límite: G. R. Moreno, N. Aguirre, J. L. Jaimes, J. Lemoine, S. Vaca Guzmán, R. Villalobos, A. Zamudio,

38 C.f. R. Escarpit, *Sociologie de la littérature*, PUF, Paris, 1964.

39 Enrique Finot, *Historia de la literatura boliviana*, Ed. Gisbert y Co. S.A., La Paz, 1955, p.285.

Vázquez, Rafael Urquidi y otros más<sup>40</sup>. En Santa Cruz, la Sociedad Geográfica y de Historia aglutinó un grupo de intelectuales que en 1904 escribió un memorándum pidiendo, con argumentos de peso formulados en severas expresiones, la vinculación nacional. Se publicaron revistas literarias, de geografía e historia en las cuales se iniciaron vocaciones y se apoyaron nacientes prestigios.

La afinidad de ideas literarias y políticas fomentó la formación de los grupos que el tiempo desgastó o soldó con mayor firmeza. No fue raro encontrar con el tiempo a los amigos de antes en bandos contrarios ni verlos hasta el final unidos por inquietudes compartidas. Mas no fueron estos intereses comunes por la literatura, la filosofía o la política, donde se dan acuerdos y oposiciones, los que fundan la categoría de intelectual. El vínculo que permite aplicar la misma etiqueta a jóvenes con ideas y visiones del país y de la sociedad no siempre coincidentes es más bien la manera similar de concebir el oficio, el convencimiento de la responsabilidad moral que allí se juega.

Entre los primeros hombres de letras de nuevo cuño se encuentran especialmente: A. Alarcón (1881), A. Arguedas (1879), J. F. Bedregal (1883), D. Canelas (1882), A. Chirveches (1881), F. S. Guzmán (1879), J. Mendoza (1874), C. Rojas (1879), D. Sánchez Bustamante (1870), F. Tamayo (1879), J. L. Tejada Sorzano y F. Vaca Chávez (1883). A ellos pueden añadirse algunas personalidades de la generación precedente, pues por la

fecha y el contenido de sus escritos y los debates se inscribieron en el marco de orientación establecido por el concepto de intelectual. Entre estos aparecen: A. Guzmán (1862), B. Saavedra (1864), A. Gutiérrez (1863)<sup>41</sup>. El conjunto de personalidades, más allá de sus diferencias de edad e intereses, tienen en común la voluntad de tomar posiciones públicas con referentes éticos y poner en el tapete un prestigio naciente o ya ganado al servicio de las causas en las que se van a comprometer.

La intelectualidad naciente abarcó, pues, dos generaciones: la mayor, nacida alrededor de 1865, y la siguiente, en los años de la Guerra del Pacífico o inmediatamente después. Todos los integrantes se conocieron e interactuaron entre sí, sin llegar a formar un grupo cohesionado ni siquiera entre los más amigos. Recelosos unos de otros por las divergencias sobre temas importantes y por las pequeñas envidias, celos y rivalidades, coinciden no obstante en la necesidad de jugar un papel distinto al de sus predecesores, lo que no significó una acción concertada, salvo en raros momentos, como por ejemplo en los años iniciales del grupo "Palabras Libres".

En los debates relevantes, algunos tomaban una posición coincidente que defendían a través de artículos personales antes que en conjunto, otros adoptaban la posición contraria y operaban de manera similar. Varios se sintieron siempre solitarios y actuaron como tales, frecuentemente incomprendidos aun por su familia.

40 D. Sánchez Bustamante, "Cochabamba intelectual" (1898) en *Opiniones...*, op. cit., p.138.

41 E. Finot, diez años menor que la generación de 1879, aparece mencionado en el texto como uno de los intelectuales de la época, haciendo una excepción con relación a los demás de su edad debido a los lazos inicialmente desarrollados por su hermano Emilio con Palabras Libres, a su filiación política y a la intención de escribir que animó al diplomático e historiador.

Chirveches, que, según sus amigos, sufría de una fuerte misantropía, se suicidó solo en París. Argüedas, como mencionó repetidamente en su Diario y en su correspondencia, juzgó sus intenciones mal apreciadas. Tenía pocos amigos en los cuales confiaba sinceramente y se sintió con frecuencia traicionado. Tamayo disfrutaba de la soledad en sus fincas del altiplano. Quizá fue para el intelectual una parte del precio a pagar, más duro en la tierra por la estrechez del ambiente cultural, si bien tales estados de ánimo también fueron comunes afuera.

## El establecimiento del intelectual en Bolivia y en Europa

El proceso de surgimiento de la categoría de intelectual en el país probablemente debió más a Europa que a los demás países del continente, que también tenían la mirada puesta en el otro lado del Atlántico. Presentó algunas semejanzas con lo ocurrido en otras regiones del área ibérica y en particular con España. Ésta ofreció pensadores y escritores de la misma lengua que, unidos a los elementos culturales compartidos con Bolivia y Latinoamérica, hicieron de ellos un modelo para sus émulos de estas tierras. Igual pasó con el pensamiento y el arte de Francia, de la que, sin embargo, el mundo hispanoamericano difería en aspectos esenciales, como el grado de desarrollo político, económico y social, la importancia que allí tuvieron las vanguardias artísticas y el temprano reconocimiento dado al intelectual por el poder político y la

sociedad, si bien de Francia se tomó, además de modelos, la concepción del papel del intelectual desarrollado durante el proceso Dreyfus.

España, a despecho de su proximidad con Francia y de los innegables intercambios de ideas entre uno y otro país, no mostraba a fines del siglo XIX un cuadro favorable a las tareas intelectuales, y se acercaba más a Bolivia, y en general a la región, en razón de su retardo económico, del analfabetismo, de la ruralidad de la población, del peso de la Iglesia en el gobierno y en la sociedad y del retardo en la enseñanza superior, articulada alrededor del derecho y la teología y carente de investigación científica<sup>42</sup>. Sin embargo, allá y aquí se levantaron los intelectuales alentados por otras circunstancias, sin empujar demasiado la comparación.

La pérdida de las últimas colonias en América y Asia, como consecuencia de la derrota de España frente a los Estados Unidos, produjo también un sacudón entre los jóvenes españoles, los cuales buscaron reinterpretar España, luchar por el desarrollo de la educación apoyada en las ciencias empíricas y modernizar las instituciones.

España, al despuntar el 900, aún tenía casi el 65% de su población analfabeta y la misma proporción de gente en el campo. Las cifras eran más elevadas entre nosotros: 84% carecía de instrucción y 73% era rural. Como el intelectual boliviano, el español debía conquistar un público y romper el provincialismo de sus ciudades. El establecimiento de editoriales, entre las que figuró La España Moderna, Sempere y Co., D. Jorro, el aumento de periódicos y la amplitud

42 Cf. Ch. Charle, op. cit., p.328 y ss.

de los debates políticos compensaron los obstáculos y los escritores ganaron un espacio propio.

La España de ese tiempo constituyó un espejo para los hispanoamericanos, pues éstos no sólo reconocieron a los pensadores y novelistas peninsulares, sino que defendieron el casticismo de la lengua como patrimonio común amenazado por la penetración del francés. Sánchez Bustamante deseaba un pacto entre españoles y americanos, “ellos para radiar intensa y nuevamente y nosotros para mantener el brillo castellano en nuestra cultura”<sup>43</sup>, frase en la cual hay una confesión implícita de la superioridad de los autores hispanos sobre los del continente. Se ha sostenido que a fines del siglo XIX y las primeras décadas de la siguiente centuria América se afrancesó. Sin duda la influencia de este país marcó desde la arquitectura hasta la gastronomía en la región. Pero España siempre guardó un lugar de privilegio en el pensamiento y en el sentimiento de los intelectuales, quienes no dejaron de referirse y de buscar el reconocimiento de aquélla. La posición inversa fue mucho menos entusiasta y no exenta de paternalismo. Un crítico francés de Blanco Fombona, escritor venezolano amigo de Argüedas, señaló que “(España) se contenta con ser la proveedora intelectual de América, cuyas necesidades son más considerables que las de la península. América Latina remunerará generosamente sus novelistas y autores dramáticos... (pero) éstos admiten difícilmente lo recíproco”<sup>44</sup>.

La crisis española de 1898 fue una coyuntura favorable para la reflexión

de la juventud y para el lanzamiento de un proyecto de regeneración social y de apertura a las ciencias de la época. La expresión aceptada de Generación del 98, bajo la cual se cobijaron Azorín, Baroja, Maetzu, Unamuno y otros dio una etiqueta común a los escritores, sin borrar las diferencias. La obra, el carácter combativo, la rudeza de la españolidad ganó el aprecio de la naciente intelectualidad boliviana.

En resumen, si bien no fueron simétricas, las condiciones para la aparición de los intelectuales bolivianos y latinoamericanos fueron semejantes, *mutatis mutandi*, con las de los españoles. Lo mismo sucedió con otros países centrales. La poesía podría considerarse una excepción. Darío revolucionó el vocabulario y la sonoridad, y Jaimes Freyre replanteó la métrica, para destacar dos entre los más conocidos.

Con respecto a otras sociedades, el proceso difirió mucho más. En Inglaterra los académicos desempeñaron un papel capital en la toma de conciencia de los intelectuales. En Rusia, en razón de las enormes distancias estamentales, de la represión y falta de libertades del régimen zarista, la intelectualidad escogió en gran número la acción violenta, revolucionaria y anarquista, que los diferenció del resto de Europa. En *Los poseídos*, Dostoievski pintó magistralmente el retrato de esos predicadores de la muerte<sup>45</sup>.

Argüedas conoció en París un trío de estudiantes rusas con las cuales simpatizó y desarrolló una amistosa camaradería, admirando su dedicación,

43 D. Sánchez Bustamante, “Algo sobre...”, art. cit., p.65.

44 J. F. Juge, Juicio crítico, en R. Blanco Fombona, *El hombre de hierro*, Garnier Hnos., París, 1913 (¿?), p.259.

45 Ch. Charle, op. cit., p.295. Ver también B. Tuchman “The idea and the deed” en B. Tuchman, *The proud tower*, Ballantine Books, New York, 1996, pp.61-113.

su sacrificio y su solidaridad con los desfavorecidos de su tierra, pero rechazando la intransigencia agresiva que las animaba<sup>46</sup>. El brutal suicidio de un intelectual ruso vecino de piso en París, “joven rubio de rostro afeitado y ojos azules”, con una mentalidad singular, complicada e incomprendible para nosotros, y las noticias de los atentados y asesinatos cometidos por mozos fanatizados, miembros de células anarquistas, lo apartaron con horror de esa corriente política<sup>47</sup>. La intelligentsia rusa recorrió un camino distinto al compromiso de los intelectuales franceses, españoles o de América Latina en sus comienzos, más radicalizada no desdénó dirigirse directamente al pueblo<sup>48</sup>. El anarquismo radical no tentó en Bolivia a la primera generación de intelectuales, se manifestó sobre todo en algunos dirigentes del movimiento sindical y se tradujo en algunas modalidades de organización colectiva. En cuanto al socialismo, cobró gran fuerza después del conflicto del Chaco, con la eclosión de partidos socialistas y comunistas. Las corrientes indigenistas también afianzaron su presencia por ese tiempo, abriendo en el país el periodo tipificado por A. Rama como de “la cultura modernizada nacionalista”, cuya influencia aún se deja sentir.<sup>49</sup>

En la misma época y en condiciones parecidas se afincó en otros países del continente la función del intelectual. Ahí también la influencia europea, en especial de Francia, sirvió co-

mo catalizador de inquietudes y descontentos con el estado de cosas en la sociedad. Según Rama, el hecho se situó en las décadas finales del siglo XIX hasta las postrimerías de la Primera Guerra Mundial. La intelectualidad de este tiempo manifestó un ansia de modernizar su mundo, de cambiar el orden tradicional arrasado de la Colonia, antes que por medios revolucionarios, en forma gradual, en unas regiones con mayor fuerza y en otras de manera más atenuada. Las ideas venidas del extranjero dieron un giro cosmopolita y novedoso al proyecto.

En Argentina, Brasil y México el paso del hombre de letras hacia el intelectual precedió a los otros países del área. Los dos primeros Estados descubrieron en la guerra que los opuso al Paraguay (1865-70) las debilidades de su organización política, los problemas del crecimiento urbano y el retardo de la educación, y en el Brasil la persistencia de la esclavitud, temas que motivaron sus ensayos. México, después de la caída del Emperador Maximiliano, derrotado en Querétaro (1864), echó los cimientos de un Estado moderno, laico y progresista.

En estos países, pequeños grupos de personas ilustradas, intelectuales antes de la aparición del nombre, denunciaron las instituciones caducas. Unieron en sus estudios la racionalidad de las nuevas corrientes del pensamiento social a la observación de las realidades propias, convencidos

46 A. Argüedas, Diario 27-IX-1907.

47 A. Argüedas, Diario 10-V-1909.

48 R. Blanco Fombona sostuvo una opinión diferente. Los rusos por lo general son apasionados, idealistas, sentimentales, con un sentimentalismo activo, violento, que no es el de los alemanes, nosotros también. En Rusia “el fenómeno imperante es el cesarismo... entre nosotros se impone a menudo la dictadura... Los rusos poseen escritores personales, intensos, desesperados, de un sarcasmo aplastante, menos fino que la ironía francesa, menos circunspecto, regocijado que el humor británico. Nosotros también poseemos poetas, pensadores que no se confunden con nadie”. *Letras y letrados de Hispanoamérica*, Ollendorff, París, 1908, p. XIX y XX.

49 A. Rama, *La ciudad letrada*, Edic. del Norte, Hannover, 1984.

de la necesidad de romper con el tradicionalismo político y religioso y de ampliar la libertad<sup>50</sup>.

## La formación del intelectual

La primera camada de intelectuales no estuvo preparada para su tarea de manera sistemática y formal. Procedía en su mayoría de las aulas universitarias, sobre todo de la carrera de Derecho, pero pocos ejercieron la profesión. Tenían la inquietud, no los instrumentos. Mendoza admitía en uno de sus escritos que éste era "...la tentativa temeraria de quien sin tener la preparación y cultura indispensable para tratar materias de esta índole ha abordado su estudio..."<sup>51</sup>. Casi todos reconocieron la debilidad de la enseñanza más allá de los códigos y procedimientos. Un bueno número aprendió por su cuenta o completó la enseñanza académica a través de la lectura. F. Tamayo tuvo poca instrucción formal, estudió con maestros en su casa. La experiencia de los viajes y la afición por los libros constituyeron su bagaje principal, si bien siguió algunas materias de leyes y se recibió de abogado. Arguedas y su grupo se prepararon en París, en contacto con los escritores, hombres de prensa y profesores y con sus obras. G. A. Otero ensayista y novelista más joven que los anteriores, cuenta en sus *Memorias* su pasión por los textos. Leía desde niño todo lo que caía en sus manos. No tenía ningún plan preconcebido<sup>52</sup>. Carlos Medina Celi, igualmente de una generación posterior, fue otro autodidacta ávido de libros. En el campo de

la escritura todos lo fueron. La poesía no sólo calmó los ímpetus juveniles, sino que constituyó para no pocos de ellos la vía privilegiada para el aprendizaje y maduración de la escritura. El taller de prensa desempeñó el mismo papel.

La universidad local tuvo poco que ofrecer al intelectual. Quizá, en algún caso, algo de organicidad en el pensamiento, pero no la suficiente para impedir las inconsistencias en sus textos. Sánchez Bustamante, uno de los impulsores de la reforma educativa liberal, hizo críticas severas a aquélla, al contenido de los programas, a la manera de transmitir los conocimientos. Bedregal, entre bromas e ironías, declaró abiertamente que allí no se ofrecía alimento espiritual alguno para los universitarios<sup>53</sup>. Arguedas, por su parte, señaló en diversas oportunidades la pobreza de los centros académicos, la ausencia en ellos de una educación del gusto artístico, su baja capacidad para incitar a los estudiantes y aun los profesores a los hábitos de lectura, para discriminar entre los buenos autores y los irrelevantes. Pero él mismo cayó en el error de dejarse encandilar por prestigios pasajeros y descuidar a los pensadores que encauzaron la historia, la sociología, ramas del conocimiento en las cuales trabajó. Ocurrió algo parecido con varios críticos y novelistas por quienes sintió admiración y que la posteridad ignoró.

Para algunos de los jóvenes, al cambiar el siglo, el viaje al exterior, a Europa (París, Madrid, Londres, Berlín) era una urgencia para familiarizarse con la cultura dominante de la época, acabar su formación y aprender, por

50 Cf. A. Martínez, "La ilustración latinoamericana y la modernización de la sociedad", en B. González et al., *Esplendores y miserias del siglo XX: Cultura y sociedad en América Latina*, Monte Ávila, Equinoccio, Univ. S. Bolívar, Editores, Caracas, 1995.

51 J. Mendoza, "Hónrame" en P. Díaz Machicao, *Prosa y verso de Bolivia*, Ed. Los Amigos del Libro, La Paz, 1966, p.177.

52 G. A. Otero, *Memorias*, Lit. e Imprentas Unidas, La Paz, 1977.

53 J. F. Bedregal, *La máscara de estuco*, op. cit., p. 55.

el ejemplo, el arte de escribir: Alarcón, Arguedas, Chirveches, Tamayo, Vaca Chávez, F. S. Guzmán y J. Mendoza pasaron por París. Los del grupo de “Palabras Libres” se dieron cita en la capital francesa para relanzar sus actividades, pero acabaron disolviéndolo. Tamayo sintió mayor afinidad con la cultura y los pensadores alemanes. Bautista Saavedra fue a España. En Europa entraron en contacto con los literatos, artistas, filósofos y científicos del momento, y de éstos tomaron los patrones de pensamiento y hasta de comportamiento. La Escuela Libre de Ciencias Sociales de París, donde Arguedas se inscribió y asistió como alumno regular, le brindó la oportunidad de escuchar en la cátedra a los académicos, especialistas y filósofos de mayor prestigio en la época. Le gustaba ir a las exposiciones acompañado de otros compatriotas, ente ellos don Ismael Montes. Apreció mucho los comentarios del ex presidente, por su buen sentido y su realismo. En los años 30 se creó en La Paz una escuela con el mismo nombre. Allí el escritor ofreció algunas charlas sobre autores franceses.

El medio común de difusión de las ideas fue el artículo de periódico, tipo ensayo corto, y la poesía. También publicaron libros, folletos, y manifiestos cuando querían llegar a un público más amplio. La práctica del manifiesto o la carta abierta se mantuvo hasta mediados del siglo XX. Tamayo hizo circular en los años 30 uno sobre la pena de muerte, que se considera como una pieza maestra del género. Arguedas difundió una carta mecanografiada contra el presidente Germán Busch, que lo había maltratado físicamente por sus ataques al régimen.

Vale la pena señalar que, después de la Guerra de 1879, cuando los jóvenes se lanzaban a la tarea de escribir, la libertad de expresión y el debate democrático ganaron espacio social, lo que, sin duda, favoreció el propósito. Sin embargo, las viejas prácticas de censura, amordazamiento y sobornos a la prensa no terminaron de desaparecer.

## Los lectores y los modelos

Es un hecho conocido en la historia de las ideas que el pensamiento, la obra propia, cuando se los consigue, se elabora en la confrontación con lo ya existente. Harold Bloom llamó a este fenómeno, en el ámbito de las letras, “la angustia de las influencias”, que es, según P. de Bolla, una lectura reinterpretable de otros autores, no únicamente clásicos o canónicos, que modela el impulso creativo con una mezcla de relaciones psíquicas, históricas y de imágenes, con las cuales se establecen los nexos entre los textos. Se trata pues de un fenómeno intertextual<sup>54</sup>. Hay en ella continuidad y ruptura, aceptación y reto. Algunos la superan, otros quedan como discípulos, seguidores mayores o menores del autor con el cual se midieron. La comunicación con los congéneres, la toma de figuras sobresalientes como paradigma, permiten al intelectual desarrollar normas de excelencia y de desempeño<sup>55</sup>.

El tema adquiere complejidad para los intelectuales que vivieron en el extranjero. Los autores nacionales, para escribir su obra, se dirigieron, por una parte, a un público local y, por otra, a un grupo imaginado de referencia, cuyo respeto, juicio y apro-

54 P. de Bolla, “Hacia una retórica histórica”, citado por H. Bloom, *El canon occidental*, Anagrama, Barcelona, 1995, p.17 y ss.

55 L. Coser, *Hombres de ideas*, F. C. E., México, 1968, p.19.

bación buscaron, que estuvo conformado por los pares, sobre todo por aquéllos que gozaban de renombre, del reconocimiento de los especialistas, que eran leídos ampliamente, suerte de censor que radicó para muchos esencialmente en el mundo exterior, cierto, rara vez exclusivamente. De ahí salieron los modelos, mientras el público lector corriente se halló principalmente en la patria. Dicho en términos claros, los “interlocutores privilegiados” eran en su mayoría escritores. Los modelos provenían frecuentemente de ese grupo. No todos. Flaubert, Taine, Guyau, cuya obra tuvo un valor ejemplar para los escritores nacionales, no fueron lectores de éstos. En cambio, los intelectuales iberoamericanos del llamado Círculo de París, con los cuales algunos bolivianos interactuaron y les pidieron opiniones de sus escritos, o los autores españoles, a quienes solicitaron críticas o prólogos, sí eran considerados como lectores especiales, y los últimos además como modelos. La audiencia nacional era anónima, aunque de extracción social y cultural cercana a la de los intelectuales. A ella apuntaron de manera especial con sus libros.

El aprendizaje de la escritura requirió, como todo proceso de iniciación, que los intelectuales nacionales se dieran vuelta hacia el otro u otros significativos, para posteriormente poder volver a sí mismos, aunque ya cambiados. Siguiéron, pues, modelos, guías, a los que apuntaron con sus trabajos, a fin de darles una resonancia y recibir la crítica. Pero fueron más allá de la búsqueda de apreciaciones; hubo implícito un reto al que respondieron de acuerdo a sus fuerzas, a sus empeños. El retorno a lo propio después de leer lo ajeno, de dar respuesta a los

desafíos que la lectura planteó, modificó la manera de verse y de concebir su oficio. Las personas que tomaron en cuenta para forjar su estilo eran un público de especialistas, de escritores geniales o, al menos, sobresalientes en el momento, distinto del lector común. La imagen que se formaron como intelectuales, después de encontrarse con ellos, influyó en su desempeño como autores.

Para Arguedas, Chirveches, Sánchez Bustamante y Tamayo, los pares de referencia se escogieron entre los escritores europeos o latinoamericanos de fama. Varios de estos últimos también trabajaban en el viejo continente, como los reunidos en el denominado Círculo de París, que fue para algunos un grupo de pertenencia, además de uno de referencia. Un español como Unamuno no sólo fue un lector crítico; en muchos aspectos fue asimismo un modelo.

Ese juego de miradas, reflejos, préstamos, acercamientos y distanciamientos en el que nada permanece igual, como lo entendió Alicia en el país de las maravillas, donde intervinieron, fuera de los escritores bolivianos, las percepciones, los cánones, los gustos de terceros pertenecientes a latitudes y culturas distintas, puso su sello a la primera generación de intelectuales, con matices en cada caso.

Los autores nacionales que se situaron con referencia a escritores de otros lados adquirieron una percepción más crítica de su propia obra y de la realidad; en ésta descubrieron aspectos que parecían obvios, irrelevantes, para la mayoría de sus compatriotas, pues sus acciones y opiniones se organizaron tomando en cuenta un horizonte histórico y cultural amplio y multinacional. No se los puede comprender ni analizar po-

niéndolos al margen de la angustia de las influencias.

Junto a aquéllos hubo el lector nacional, no personalizado, como los anteriores, pero tampoco desconocido, pues era parte de la misma sociedad y cultura de donde salía el escritor, más aun, por lo general ambos pertenecían a un medio común, con expectativas también comunes a las cuales respondía en cierta forma el autor. Éste siempre tuvo esa audiencia en mente, si bien su relación con ella fue a menudo difícil. R. Escarpit señala que los lazos entre el público local y los escritores eran muy estrechos, tejidos con elementos culturales y sociales compartidos por los dos<sup>56</sup>. Aldous Huxley comparó con ironía los nexos existentes entre el público y el autor con la hojeada de un álbum de familia en el cual unos y otros encuentran las figuras conocidas y veneradas.

En cada época la cultura común presentó rasgos específicos. A principios de la República los valores cristianos y las alusiones a Grecia y Roma clásicas abundaban en los artículos, novelas y ensayos. El lector familiar descifraba con ellos el simbolismo allí contenido. “El Cóndor de Bolivia”, uno de los primeros periódicos nacionales, en sus columnas hacía mención a los héroes mitológicos y a sus hazañas como un valor entendido para los lectores. *Juan de la Rosa*, de Nataniel Aguirre, describe un escenario en el que el quechua, el español y el latín eran corrientemente empleados por los personajes y donde los galicismos de los revolucionarios comienzan a desplazar al último idioma. 70 años más tarde las referencias a los pensadores y filósofos modernos europeos, a los ideales del

liberalismo, se convierten en el tema corriente de los escritores.

Los intelectuales buscaron la complicidad del lector del país alabándolo por ser distinto a los demás compatriotas, por no dejarse seducir por el aborrecible Beckmesser, símbolo de la indiferencia al arte y a las letras, puesto que tener un libro en las manos lo ponía aparte de esa masa de indiferentes, revelando intereses semejantes con el autor. ¿Acaso no compartía el mismo álbum de familia? Sin embargo, los intelectuales se caracterizaban por su irreverencia hacia esas imágenes nobles y virtuosas, cosa que su lector corriente solía no apreciar, ocasionando en él resistencias y rechazos.

Ambos referentes, el lector nacional y la audiencia de fuera, se entrecruzaron y superpusieron a las exigencias, generando tensiones especialmente vivas entre las personas que se instalaron por algún tiempo en el extranjero. En general, todos los creadores sufren de la contraposición de esos ámbitos de orientación, pero éstos son menos agudos cuando el público y el modelo coinciden en la misma sociedad. Argüedas consideró un ejemplo del género la novela francesa de la época, juzgó el estilo de Flaubert insuperable, digno de imitar en su pureza, en su cuidado. No fue el único. Medinaceli, que nunca salió del país, aunque acompañó muy de cerca la evolución de la literatura y la filosofía en Europa y América, compartió el mismo juicio años después. Las citas de Flaubert no sólo reconocían una deuda intelectual sino que reflejaban implícitamente el sentimiento de personalidades que, para afinar su obra, en un medio considerado como

56 R. Escarpit, op cit., p. 101 y ss.

limitado y no pocas veces como hostil, deben ir a otra parte en busca de lo que localmente no pueden obtener como criterios de perfección e innovaciones estilísticas o argumentales. Se trató así de una generación que durante sus etapas formativas experimentó un conflicto con su sociedad, la misma que no le daba cabida o se mostraba despreciativa de sus anhelos y esfuerzos, pero en la radicaban los lectores que se intentaba atraer.

Los modelos contribuyeron a fraguar formas y contenidos distintos para los textos, y además encauzaron las actitudes y las sensibilidades de los autores. No fueron extrañas al estilo del ensayo de Tamayo las lecturas de Nietzsche y en especial el gusto por la provocación que tuvo este pensador. El mismo filósofo llenó parte del equipaje intelectual de Medinaceli, autor de un ensayo sobre el pensador alemán. En los debates a los cuales se entregó con entusiasmo Medinaceli hay igualmente una inclinación por sacudir, chocar al lector, que recuerda al maestro alemán.

Argüedas, que citó a muchas de sus preferencias artísticas, literarias y científicas documentadas en su Diario, siguió a H. Taine en sus principales ideas acerca del medio, la raza y el momento para el estudio de la historia. Asimismo, buscó imprimir en sus acciones las cualidades que admiraba en el ensayista francés: la calma, el espíritu metódico, las facultades de observación, el juicio serio y fundamentado<sup>57</sup>, virtudes encomiadas con frecuencia en sus anotaciones. En el Diario se preguntó cómo desentrañar los comportamientos del presidente Montes, de quien se halla muy cercano y vinculado por sentimientos

de simpatía. La respuesta provino del historiador francés. Ahí encontró una guía para escapar al círculo de pasiones que trataban de interferir en el examen de lo hecho por el hombre y por el gobernante. “Continuemos sin fanfarronerías pero sin ningún temor nuestra obra; hagámonos testigos de nuestra época, ya que otros se hacen los reformadores, los justicieros, los sin mácula, tratemos de ver claro aquí, donde parece que un velo cubre la mirada de los más perspicaces”<sup>58</sup>. Analicemos a Montes con honradez, propone, que es nuestra norma, descorramos el velo de sus acciones, recurramos a los pequeños actos significativos que tanto provecho dieron al maestro Taine, aunque solió a menudo olvidar los consejos.

En la *Historia de la literatura inglesa*, de Taine, publicada en 1864 y difundida en castellano alrededor de 1900 por La España Moderna de Madrid en una pulcra versión, apareció la teoría de los tres factores que intervienen en la gestación de una obra de arte a través de su artífice: la raza, que agrupó los caracteres hereditarios genéticos, el medio, que comprendió las tradiciones y creencias y los saberes de un espacio geográfico, y el momento histórico, vale decir, la época, en la cual la herencia del pasado gesta el presente. Así, para Taine, cualquier creación humana no se debe al azar, sino que está determinada. No obstante la multitud de referencias a Taine que se puede leer en los escritos de Argüedas, curiosamente éste dedicó su *Historia de Bolivia* a A. D. Xenopol, un historiador con algunos planteamientos cercanos a aquél, quizá de nombre en ese momento, pero hoy olvidado.

57 A. Argüedas, Diario 23-VI-1908.

58 A. Argüedas, Diario 26-VIII-1911.

Taine ejerció en los pensadores nacionales una influencia marcada hasta mediados de los años 1950. Se refieren a él entre otros, Enrique Finot, Sánchez Bustamante y Vaca Chávez. De ahí provino una fuerte inclinación por las interpretaciones deterministas de la historia nacional, en oportunidades con mayor insistencia que en el iniciador. G. A. Otero, dado a la sátira, se burló de la fuerte presencia de Taine entre nosotros, imaginando a un Concejo Municipal discutiendo sobre el escritor<sup>59</sup>.

En Francia, su peso intelectual, junto al de Renán, marcó las décadas posteriores del siglo XIX. “Se ve bien lo que los une (a Taine y Renan), señaló M. Winock: una convergencia de convicciones esenciales: la necesidad de contar con una aristocracia para Francia, de formar indispensablemente una élite, de desconfiar de una masa guiada por sus instintos. En fin, la coincidencia en el carácter abierto de esa aristocracia de talentos, definida por la voluntad de servir y por la competencia<sup>60</sup>. La obra de Argüedas se hace eco de estos principios. En la ya mencionada conferencia brindada a un grupo de estudiantes sobre sus libros les recomendaba: “...realizar buenos propósitos, apasionarse por las ideas, no seguir nunca a los hombres; honrar y exaltar los méritos; dar constante preferencia a los mejores y más aptos, ser justos, verídicos y desinteresados... aceptar las jerarquías fatales<sup>61</sup>. Nuevamente, lo mismo se puede decir de Medinaceli, quien en 1927 planteó similares ideas, quizá ya con resonancias del pensamiento de Pareto y Mosca: “Toda sociedad nece-



G. A. Otero

sita ser regida por una minoría selecta que le imprima rumbos... (no ha sido el caso en Bolivia). La masa ha gustado siempre de estar conducida por tipos que eran reflejo de ellas, por eso los encumbraban. De aquí ha dimanado la mediocrización de las minorías y el achatamiento de las masas”. El mal, añadió Medinaceli, se ha prolongado no sólo por la cerrazón de las minorías en el poder, sino también porque las masas son ciegas para descubrir los talentos. Tampoco lo hacen los intelectuales, faltos de sentido crítico<sup>62</sup>.

La recepción de Taine no se redujo a los contenidos teóricos de su pensamiento; incorporó igualmente aspectos ideológicos y modalidades de acción que permitieron compaginar los ideales igualitarios de la intelectualidad con fuertes reservas hacia las masas carentes de calificación para el voto y el ejercicio de otros derechos. Fue una ilustración clara de

59 G. A. Otero, *El honorable Poroto*, “La Prensa”, La Paz, 1921.

60 M. Winock, *Les coix de la liberté*, Ed. du Seuil, París, 2001, p.532.

61 A. Argüedas, *La danza de las sombras*, Sobs de López Robert y Co., Barcelona, 1934, p.89.

62 C. Medinaceli, “El país de los ciegos”, *El Día*, Potosí, 1927 en C. Medinaceli, *La alegría...* op. cit., p.139.

la autoridad de un modelo que provenía del extranjero. Guyau fue otro. Ejerció en materia de arte, de estética, un magisterio innegable en los escritores bolivianos. Sin embargo, la selección de un modelo en lugar de otros es un proceso que no garantiza los resultados, a veces el elegido resultó, en especial en las ciencias sociales, de menor potencial analítico y heurístico que otras alternativas disponibles y no consideradas.

El método del autor de *Historia de la literatura inglesa* ya había cumplido su tiempo cuando Argüedas escribió *Pueblo enfermo* e inició sus trabajos históricos. Durkheim, opuesto a toda ingerencia de lo biológico o del clima en el esclarecimiento de los hechos sociales, F. Simiand, historiador, partidario de un enfoque multidisciplinario que luego desembocó en la Escuela de los Anales, para citar fuentes franceses que contaron en el desarrollo de la sociología y la historia actuales, estaban en plena actividad por aquel entonces y quizá, de haberse seguido sus propuestas, hubiesen impreso un rumbo distinto a la obra de los intelectuales bolivianos de esta época. Pero fueron prácticamente ignorados. El boliviano también recurrió en su ensayo a diversas disciplinas, pero se inclinó ante todo por las orientaciones que destacaban los criterios raciales y geográficos. Hay que considerar en esta preferencia el papel de las editoriales, de los medios, no siempre examinado, al igual que la función de los grupos de pertenencia o de referencia. Todos estos factores dan el tono fuerte a la época, de la que pocas personalidades escapan, suerte de caldero donde se produce la alquimia y el ensamblaje de ideas y pensa-

mientos de fuentes originalmente distintas. Los genios o los locos pueden ponerse por encima del tiempo; el intelectual, por lo general, reorganiza de manera propia esos elementos venidos de aquí y de allá, y a veces con brillantez y originalidad, lo que hace el resultado perdurable<sup>63</sup>.

## Los “viajados” y los provincianos

La apropiación y divulgación de los modelos extranjeros y el recurso a interlocutores privilegiados de fuera despertó la reacción de los pares y lectores con orientaciones hacia lo nacional. El tema cuajó en una oposición entre los locales y los cosmopolitas. Los primeros señalaban estas incursiones foráneas como una falta de capacidad para desarrollar pensamiento auténtico y ponían en duda la pertinencia de tales planteamientos en una realidad distinta de la europea. Los segundos, influidos por los moldes extranjeros, no cesaban de luchar contra tales opiniones, tratando de dar un alcance universal a sus préstamos, al paquete de modelos que manejaban, colocándolos bajo el paraguas de la ciencia y de las corrientes innovadoras.

Las críticas provincianas, localistas, mencionaban ante todo a los escritores que residían o estuvieron en Francia, España, Alemania, Inglaterra o se inspiraban en el pensamiento de esas regiones, a quienes llamaban “desarraigados”, y procedían de los escritores celosos de lo propio, aunque no sólo de ellos. Las acusaciones iban desde pedantismo, falta de percepción clara y definida de la realidad y

63 Cf. S. Romero Pittari, *Las Claudinas*, Ed. Caraspas, La Paz, 1998.

uso de palabras raras traídas por el prurito de exotismo<sup>64</sup>, hasta plagio. Tamayo casi puso en la categoría de imitadores al grueso de los autores del país.

Las citas de los modelos importados eran mal vistas y perjudicaban la imagen de los escritores jóvenes, mundanos, irritaba a los locales, que a menudo tampoco escapaban a las influencias externas y las dejaban entrar, sin quererlo, en sus obras. Para algunos, los desarraigados sobaban en el ambiente nacional, que, sin duda, era pequeño y mezquino<sup>65</sup>.

Uno de los reproches expresaba la preocupación por la pureza de los términos y expresiones usados y provenía del viejo fondo del casticismo castellano. Otro destacaba el desajuste social existente entre los hombres e ideas que procedían de Europa y el país, y salía de figuras del pensamiento conservador, como Mariano Baptista o Monseñor Miguel de los Santos Taborga.

Varias de las personas que militaban en el bando local eran asimismo pensadores de nuevo cuño, ni siquiera mayoritariamente apegados a los ambientes tradicionales, aunque también los había entre éstos. Sánchez Bustamante, que formó parte de la primera generación de intelectuales, efectuó críticas de esa naturaleza, no por mezquindad ni por folklorismo, sino porque aspiraba a crear una literatura nacional propia, como Tamayo quería hacerlo con la pedagogía y más tarde Medinaceli con la estética.

Sánchez Bustamante, quien muchas veces se vinculó con la posición rece-

losa con la fuerte presencia de fuera en la producción del país, recriminaba, al igual que Tamayo, a la mentalidad boliviana de "...no haber tenido vida propia. En todas las ramas del saber...no se ha hecho otra cosa que importar libros o textos extranjeros, olvidando que la educación debe dirigirse por una idea matriz, formar el hombre, la inteligencia, el carácter, para que puedan desenvolverse... en el grupo en que se vive".

Había en esta corriente una ambición de crear algo propio, moldeado por la vitalidad de las fuerzas interiores, lo que no quería decir volver al pasado precolombino o a formas de cultura exclusivamente arraigadas en el espacio rural indígena<sup>66</sup>. Lo popular urbano y campesino se expresó principalmente en versos, coplas y canciones.

Sánchez Bustamante no se libró de caer en el hecho que censuraba, pues, como muchos intelectuales que atacaban las importaciones culturales, no desconocía las ideas denunciadas, de las que no dejó de servir en sus estudios. Su preocupación se *concentraba* en el apego a la pureza del castellano, en riesgo por la abundancia de neologismos de otros idiomas, y en la forja de un estilo nacional. El tema también ocupó a Blanco Fombona y a García Calderón, el ensayista peruano. En estos casos tampoco se trató de un estrecho nacionalismo, sino de una propuesta de mayor envergadura referida a la jerarquización de culturas, a su conflicto, que el contacto con el exterior ponía en evidencia, unida a la intención de afirmar una cultura hispanoamericana.

64 D. Sánchez Bustamante, "Algo sobre...", art. cit., p.67.

65 R. Ballivián, op. cit., p.134.

66 Cf. D. Sánchez Bustamante, "Prólogo para Derecho minero de E. Mallea Balboa", en D. Sánchez Bustamante, *Opiniones...*, op. cit., p.173.

Tal aspiración de construir una literatura o un arte genuinamente propio estuvo presente en toda América, incluidos los Estados Unidos, pero la tarea, sin los contactos de fuera, sin criterios de valor internacional, en lugar de afianzarse hubiese terminado empobrecida. Los desvelos de Sánchez Bustamante y Blanco Fombona revelan, pues, la aspiración de impulsar el potencial creativo del boliviano, en un caso, del hispanoamericano, en el otro, antes que defender lo local por lo local. Tamayo compartió las preocupaciones. Asimismo, no les faltaba razón cuando la recriminación se dirigía a las burdas copias. No fue el caso de esos jóvenes en cuyos trabajos existe una innegable elaboración personal y un esfuerzo para aplicar y enraizar en medios distintos las ideas recogidas en otras sociedades, no siempre de manera sistemática.

El tiempo de permanencia en Europa de los jóvenes aspirantes a escritores y los estudios que hicieron varió de uno a otro. Pero todos los viajeros en mayor o menor grado sintieron un desgarre entre la atracción del cosmopolitismo de las ideas en boya y la necesidad de no olvidar lo local, el álbum de familia que originó su interés por las tareas intelectuales. El dilema asimismo afectó a los locales que no salieron del país. Según el polo por el cual se inclinaba, el escritor resaltaba lo de fuera o lo de dentro. Si bien ni Sánchez Bustamante fue representante de un localismo exacerbado ni Arguedas de un afrancesamiento lejano al país, las diferencias tomaron en el grueso público, para el cual un difuso nacionalismo hacía parte de arraigadas actitudes, el giro de un abierto antagonismo, caracterizado

por la imposibilidad de tender un puente o de conciliar entre una estética con pretensión universal y un ideal que se reclama de preocupaciones localizadas.

La mayoría de los autores no negó las dificultades de entretener las posiciones, convencida, empero, de la posibilidad de conseguirla. Sin embargo, las opciones fueron puestas en blanco o negro por los medios de comunicación y por la opinión pública, y sirvieron para calificar o descalificar al intelectual que tuvo comercio sostenido con autores europeos, casi siempre por encima de la autoidentificación del interesado o del contenido objetivo de los trabajos. El escritor local, por su parte, no esquivó tampoco las apreciaciones ofensivas. Cargó con la denominación de encuevado, atraído por las nimiedades del terruño, indiferente a lo que se hacía afuera, extraño al pensamiento filosófico y a cualquier innovación, en los términos de R. K. Merton, estrictamente parroquial. Es decir, lo contrario del cosmopolita, del desenraizado.

Rara vez, como se dijo, la polaridad tomó ese cariz tan tajante en el sentimiento y en el comportamiento de los actores. Arguedas, Chirveches, Finot, Mendoza y Tamayo buscaron en la práctica un balance entre los dos extremos. Nunca descuidaron la atención por lo nacional, pues ahí se hallaba el objeto de sus esfuerzos, de sus acciones y pasiones, además del grueso de los lectores, sin bien el molde de sus obras, la percepción de los hechos, siguió criterios de juicio, de interpretación en circulación en el mundo externo, del que en cierta forma se sentían integrantes. Blanco Fombona no se consideró un escritor lugareño pero tampoco un advenedi-

zo en su tierra, se proclamó ante todo hispanoamericano, reconociendo sus deudas con el pensamiento universal. El localismo, que enrolaba a muchos periodistas y políticos, tampoco ponía todo lo de fuera al costado.

Ambas modalidades de concebir el trabajo, por supuesto, no se referían ni se refieren al país en que desempeñan su actividad. Los dos tipos pretendían ejercer influencia en Bolivia. A medida que los planteamientos nacionalistas y socialistas, después del conflicto del Chaco, ganaban a la opinión, los cosmopolitas, los desarraigados, llevaron la peor parte en la crítica.

## La incompreensión de Arguedas

El caso Arguedas, que concentró la virulencia del ataque y que muestra algunas paradojas, merece un breve aparte. Bolivia fue su ocupación única, la *sorgue* de su existencia. Más todavía, fundó, con sus novelas *Wata Wata* y *Raza de bronce*, que le tomó catorce años reelaborar y modificar, la corriente indigenista. Varios de sus contemporáneos pusieron en sus creaciones escenarios, personajes y mitos de fuera, pero fueron menos atacados de extranjerizantes que el autor de *Raza de bronce*, quien, por la recurrencia a teorías y criterios estrictos de apreciación del tipo de los que se efectuaban en otras partes, por la reiteración de los demoleedores ataques a las instituciones de la vida nacional, a los personajes históricos y en particular por su obra *Pueblo enfermo*, fue estigmatizado, como ningún otro, de enemigo, de difamador de la patria.

Sociólogos de la talla de Durkheim, ensayistas españoles como A. Gani-vet, R. Altamira y latinoamericanos como O. Bunge M. Ugarte y E. de Hostos avanzaron el tema de las enfermedades sociales, con criterios de demarcación, fundamentos y soluciones distintas. Durkheim, nunca citado por el boliviano (tal vez no lo leyó), opuesto a toda intervención de la biología o el clima en la explicación sociológica, juzgó que no tomar en serio la distinción entre lo normal y lo patológico era reducir la ciencia social a un juego banal, incapaz de servir en la práctica<sup>67</sup>. De Hostos, un sociólogo puertorriqueño ampliamente difundido desde el inicio del siglo en el continente a través de su *Tratado de sociología*, tiene en este libro un capítulo dedicado a las sociopatías económicas, jurídicas, intelectuales, morales y de convivencia, así como a su prevención y curación. Arguedas no invento el problema. Su error, visto con ojos actuales, aparece menos en la presentación de los males que en la imputación causal, predominantemente racial y climática, mas en la época no fue el único con esas tesis por las tierras de América y Europa.

Otro reparo que le cayó fue el de idealista y poco compenetrado de las realidades nacionales, que le dolía. Sin duda no se lo aplicó sólo a él, sino en general a todos los que efectuaban tareas intelectuales. El presidente Montes, un realista convencido en política con un toque de desengaño respecto a los hombres que actuaban en ella y que le tenía un aprecio grande, retribuido por el escritor, consideraba a éste y a los demás intelectuales como unos idealis-

67 E. Durkheim, *Les regles de la méthode sociologique*, P. U. F., 15 ed., París, 1963, pp. 47-76



A. Argüedas

tas que no comprendían lo que ocurre en el pueblo, en la política”<sup>68</sup>.

Este juicio fue probablemente provocado por la fama de literato y estudioso que tenía Argüedas. Si éste se enorgullecía de su saber acerca de su pueblo, los adversarios, entre los cuales se encontraban no únicamente políticos y periodistas, sino también colegas, se alababan de comprenderlo mejor. Se trata de una vieja querrela metodológica de las ciencias sociales adaptada a los antagonismos propios del país, y de ella procedían malen-

tendidos y apreciaciones llenos de suspicacia entre unos y otros, todo lo cual pesó en la autoestima del escritor. Pero en otras oportunidades logró pasar por alto estas observaciones, pues se sentía orgulloso de su obra y persuadido de su capacidad de comprender a los hombres y a la sociedad boliviana. Eso sí, estuvo dominado por un sentimiento sombrío, de esfuerzos perdidos.

Una corta digresión para aclarar el alcance del término idealista empleado para calificar negativamente a los hombres de letras, y entre ellos a Argüedas. Quienes se servían de él no lo tomaban en su acepción filosófica. Para algunos, por el contexto, se desprende que se referían a personas que daban una atención muy especial a las actividades de la cultura, aun a costa de su bienestar material. Argüedas, por ejemplo, consideró el oficio de intelectual como un ideal al cual consagrar su vida, y en tal sentido era un idealista, a su modo. Pero otros recurrían a él para contraponerlo al realista, es decir, al hombre cuya actuación en la esfera pública tomaba en cuenta lo que estaba en juego en la situación, que en casos extremos podía significar sacrificar los preceptos de la moral. Contra ese uso se levantaban los intelectuales, convencidos de la importancia de su tarea, para proponer un estilo distinto de hacer política.

Así, la acusación de incompreensión en el caso de Argüedas aludía, no a un defecto en la percepción de lo social, sino a la manifestación de un *ethos* existente en el escritor y en algunos

68 A. Argüedas, Diario, 23-III-1911. Ahí el autor del Diario reproduce unas palabras de Montes refiriéndose a cartas que le habían enviado Sánchez Bustamante y Saavedra, quien le expresa de manera exaltada: “Es la eterna oposición entre la práctica y la realidad esos espíritus nutridos por los libros, al subir, tienen que sentir siempre desengaño por ver que sus concepciones no responden a la sociedad... la realidad es otra. Son los intereses los que dominan y siempre los intereses. Unas veces interés por ideales; otras, por algo; otras, por un hombre; pero siempre es el interés que se impone, la gracia es hacer algo con esos elementos, fundar alguna cosa, constituir. No hay que maldecir al Congreso ni a los políticos profesionales.”

otros intelectuales que les impedía cruzar ciertas barreras, en el campo donde la política se enredaba con la moral. El problema, si había alguno, radicaba en los intelectuales, en las restricciones internas que fijaban los linderos, más allá de los cuales se negaban a transitar, al contrario de quienes manejaban los negocios estatales y las agrupaciones partidarias, es decir, los políticos. Según aquéllos, éstos solían atravesarlas con consciente realismo que servía para justificar los actos<sup>69</sup>.

La actitud suspicaz de los escritores hacia el quehacer político se exteriorizó en distintas oportunidades, abriéndoles abismos de incompreensión con los partidos y sus miembros, entre los cuales se contaban muchos amigos y correligionarios. “Los mandones criollos... torpes para comprender, ligeros para juzgar, omniscientes y engreídos, pasan desdeñando a los otros sin acordarse o sin saber, por falta de cultura y capacidad de razonamiento, que en la pasta humana hay grados de diferencia; que existen otros pudores que los virginales, como son esos de no pedir, no ofrecerse, no mostrarse...”, advertía Argüedas<sup>70</sup>, quien no se halló solo en su respeto por las imposiciones de las normas éticas, otros colegas expresaron juicios parecidos.

El Diario, en varias fechas, revela la posición del autor acerca de la veleidat de los políticos, señalando en

concreto a las personas que en el llano predicaban unos principios y en el gobierno los olvidaban o hacían lo contrario. Se mostró contrariado y desilusionado por la débil e inexistente sanción de la sociedad. Tamayo efectuó críticas similares en sus artículos y folletos. Tejada Sorzano llegó a la presidencia pero no tuvo el poder, la moral fue su parapeto, lo que algunos tomaron por debilidad. Los criterios morales constituyeron el instrumento con el cual el presidente se batió contra las ambiciones de los poderes fácticos.

Indudablemente todo intelectual se creyó armado para comprender y saber, es decir, para descubrir las motivaciones personales y las causas generales de los comportamientos que analizaba. Pero, además, no se privaron de levantar la moral pública y privada para estimar la política. Por eso replicaban a la cantaleta de idealistas lanzada por los políticos calificando a éstos y a sus acciones de demagógicos, de enjuagues turbios, de oportunistas, de nepotismo, de falta de lucidez.<sup>71</sup> Indignado el diarista en una ocasión contra un ministro de Relaciones Exteriores que había designado a un pariente sin las competencias para un puesto importante, volvió a la carga sobre Montes: “Para él, lo esencial es que los suyos tengan un puesto en la administración y es vano que grite la prensa, que se murmuren corrillos, que se produz-

69 Montes se defendía de los ataques y a su vez golpeaba repitiendo machaconamente: “Hay muchos espíritus pesimistas que no saben observar la realidad, se acobardan por lo que ven y reniegan de todo lo visto. Un político no debe asombrarse. La política es obra de hombres... susceptible de errores: tratar de atenuarlos es un deber pero sin renegar de ellos porque... se reniega de la condición humana. Aquí como allá gira siempre alrededor de intereses y no hay hombre, de Cristo para abajo, que no trabaje para el interés... unos trabajan por intereses morales y otros por los materiales, depende de la cultura, de la educación, de los ideales de cada cual... pero siempre por el interés. Citado por Argüedas, Diario 1-XI-1911.

70 A. Argüedas, *Pueblo...*, op. cit., p. 233.

71 A. Argüedas, *Pueblo...*, op. cit., p. 100 y ss. Véase F. Tamayo, “Los hombres de acción”, en *La Razón*, La Paz, abril, 1926 y “Una antigua calumnia”, en *La Razón*, La Paz, 6 de junio de 1926. El artículo contiene un ataque contra Argüedas, pero de paso hace duras críticas a los dirigentes políticos. Se trata sólo de dos ilustraciones que aparecen de forma recurrente en los hombres de la generación intelectual de 1879. Los dos artículos citados por M. Baptista en *Yo fui el orgullo: Vida y pensamiento de F. Tamayo*, Ed., Amigos del Libro, La Paz, 1978, p. 161 y ss.

can interpelaciones en las cámaras...su epidermis, endurecida en largos años de burocracia, muda su alma a los escrúpulos, esa su alma dura como la de su raza, pasa tranquilo por todo haciendo vagar por sus labios una sonrisa dulzona y socarrona de hombre para quien nada existe sino...la satisfacción inmediata, el triunfo efímero conseguido de cualquier modo..."<sup>72</sup>. Tampoco todos los políticos estuvieron dispuestos a transar con el diablo para alcanzar el poder o mantenerlo.

Conviene señalar, brevemente, un aspecto metodológico de la Historia de Argüedas: la presentación de los personajes sobre todo como arquetipos, vinculados a la herencia genética o al ambiente. No lo hizo siempre, ya que en oportunidades caló hondo en las razones del actuar de los individuos o en las circunstancias en que se encontraban. No obstante, desde la perspectiva determinista, que se enseñoreaba en los textos, el enjuiciamiento moral de las personas resulta por lo menos paradójico. El entrevero entre explicaciones deterministas, raciales y la comprensión de las motivaciones de los actores singulares o colectivos afectó a la mayor parte de los componentes de la generación que hicieron estudios históricos, debilitando los enjuiciamientos morales, que, a pesar de la cientificidad proclamada de su trabajo, no se privaron de hacer. La obra histórica de Argüedas exhibe con frecuencia la debilidad de tales enredos metodológicos.

En cuanto a la influencia de la cultura francesa, otro motivo de crítica, el

historiador y ensayista no la negó. Sostuvo que ella le proporcionaba los impulsos para escribir, pero que el contenido de sus obras se dirigía a la tierra donde se crió y a su gente. Dicho en sus términos, "La matriz de la obras era local, el estímulo de fuera"<sup>73</sup>.

Visto desde el ángulo de cantidad de lectores locales, su obra, en particular *Pueblo enfermo*, impregnada de las lecturas de escritores y teorías de fuera, sin desconocer las experiencias del autor, apareció como una denostación del país y de su gente. En su aproximación a los textos, el público acentuó ese aspecto, así como lo que consideró el pesimismo del ensayista, y al hacerlo se desconocían estudios similares hechos para otros países, que por esos años estuvieron de moda en muchas partes.

Según J. Espada, Tamayo se alejó de Argüedas porque creyó que *Pueblo enfermo* fue escrito para dar satisfacción a los Blanco Fombona, García Calderón y otros escritores del Círculo de París<sup>74</sup>, apreciación ligera que reduce la obra a pura novelería, pasando por alto la génesis del ensayo y las convicciones del autor. El historiador A. Gutiérrez sufrió en menor grado de descalificaciones de ese estilo. Finot, en su *Historia de la literatura* halló la obra de Gutiérrez insuficientemente orientada a lo nacional. La opinión pasó por alto el contenido de la parte más significativa de los estudios de Gutiérrez que tomaron como tema momentos de la historia de Bolivia. Sólo en algunos libros menores incursionó en asuntos y personajes de allende las fronteras.

<sup>72</sup> Diario 15-II-1912.

<sup>73</sup> A. Argüedas, Diario 8-IV-1929.

<sup>74</sup> J. Espada, Entrevista en M. Baptista, *Yo fui el orgullo...* op. cit., p.135.

## De vuelta a los parroquiales y a los desarraigados

La discusión se inició al señalar los tipos de público a los que el primer grupo de intelectuales se dirigía y trajo a colación, por el escogimiento de los modelos, de los lectores críticos que los escritores admiraban y valoraban en sus juicios, pero a la vez, por su indispensable maduración, los enfrentaban, tratando de afirmar la producción propia, la contraposición entre los desarraigados y los parroquiales. Tal distinción, que se conoció en todas las literaturas del mundo, admitidos uno y otro estilo de trabajo como formas de sensibilidad que conferían, en un momento dado, a un modo de ejercer el oficio la superioridad sobre el otro, entre nosotros tuvo una percepción muy polarizada. Ambas modalidades de escribir fueron enfrentadas. Los juicios acerca de ellas no permanecieron inmodificados, cambiaron de signo de positivo a negativo o la inversa, en el transcurso de la historia<sup>75</sup>.

En la posguerra del Chaco, la oposición se reinterpretó y se cargó de tintes políticos distintos: de un lado los nacionalistas, del otro, los “lacayos del imperialismo”. Los localistas fueron alineados del lado nacional; los cosmopolitas, del otro. Así, la disposición hacia el cambio, la transformación inicialmente defendida por los cosmopolitas, o hacia el conservadurismo, se invirtió. La reputación de los autores y de los grupos que los sostenían se trastrocó. El estatus del intelectual siguió las mutaciones.

Luego se implantaron otras contradicciones, envueltas en nuevos significa-

dos culturales, ideológicos, sociales y políticos, sin dejar de recordar la de cosmopolitas y locales: moderno/tradicional; revolucionario/conservador; alienado/auténtico; andino/europeo; lo ajeno/lo propio; *kh`ara*/indio; oriental/occidental. Además, el esquema interpretativo de pares opuestos se desplazó progresivamente, de un sentido que aludía básicamente a la separación entre Bolivia y el exterior, a otros que establecían cortes dentro del país. El papel y la posición de los intelectuales se reordenaron de acuerdo con esas líneas de ruptura.

La globalización contemporánea ha atenuado la distinción entre cosmopolita y lugareño, pero sin hacerla desaparecer. Pero por otro lado, ha profundizado y exacerbado las demás polaridades, que se manifestaron siguiendo el surgimiento de recientes ideologías. La aparición en el país de sensibilidades como las posmodernas también les ha dado un encuadre distinto. Los intelectuales y las preten-



75 P. Macherey, *A quoi pense la littérature*, P.U.F., Paris, 1990, p.18 y ss.

siones que enarbolan no son las de antes, pero ése es otro tema.

En breve, un localismo radical hubiera perjudicado la aparición del intelectual, bloqueado la difusión de las ideas y corrientes artísticas novedosas y constreñido la lectura a un grupo reducido de amigos. Se hubiese perdido la fuerza de innovación que anida en las comparaciones. A su vez, el abandono de lo local habría llevado a desviarse de la razón de ser primigenia que movió a la juventud a escribir, a actuar en política, a enseñar. Tampoco hubiera permitido el establecimiento del intelectual. Las referencias a las condiciones, a la naturaleza, al contenido y a la forma de la producción de otras sociedades permitieron el afinamiento social de dicha categoría. Aquellas referencias fueron, pues, indispensables para su nacimiento, sin desconocer la diferencia que separa las sociedades centrales de las periféricas.

Los intelectuales nacionales o latinoamericanos en Europa no sintieron la existencia de una barrera infranqueable entre su creación y la de sus pares europeos. Sin ser muy numerosos, se pusieron a tono con el medio en el cual se hallaban y conformaron una masa crítica que pesó en sus sociedades y que Europa no dejó de considerar, sin darles, empero, sino de manera excepcional un reconocimiento de primer plano. En Francia, España y Alemania se publicaron libros de autores latinoamericanos con relativa aceptación, como ya se señaló. Sin duda, los latinoamericanos sacaron más de los europeos que lo que éstos tomaron de aquéllos. Tal vez la excepción, ya se indicó, fueron los poetas. Sólo en los años 70 del siglo XX se puede hablar de entregas de enverga-

dura de la literatura latinoamericana al mundo. Los problemas los tuvieron más del lado de su propia tierra con los lectores locales.

El oficio de intelectuales puso a los jóvenes formados en el exterior a caballo entre dos mundos. Valoraron, por una parte, los debates culturales, políticos y filosóficos que trascendían los límites de sus países, que penetraban sus escritos y que canalizaban sus modalidades de expresión, y, por otra, su lugar de nacimiento, con sus problemas, a menudo esquivo, reticente para reconocerlos, para otorgarles una aceptación correspondiente a sus anhelos.

## Las críticas y las sensibilidades

El intelectual necesitó del reconocimiento social para cumplir con su tarea, lo que se tradujo en un reclamo de estatus en diferentes esferas de valoración que no siempre coincidieron las unas con las otras. La ubicación del “hombre de ideas” en las jerarquías establecidas por la sociedad en un rango elevado, como por ejemplo los puestos de consideración en el aparato estatal, a los cuales corresponden expectativas de alta estima, no se acompañó, en el caso de algún intelectual, de un aprecio igual en sus lectores, creando resquebrajamientos e inconsistencias en la posición. Estas inconsistencias no fueron independientes de las oposiciones examinadas precedentemente.

La oposición original entre lo local y lo cosmopolita, motivo de las primeras tiranteces en las orientaciones del comportamiento de los autores, se juntó a otras ansiedades que tenían que ver con la imagen del lector nacional y del lector crítico, privilegia-

do. Pues como la evaluación que el escritor hace de sí mismo y de su trabajo es en parte un reflejo de la de sus lectores, los dos lectores objetivo gravitan en la arquitectura del estatus y en las características que la obra puede tomar. El primero era local, reunía la mayor cantidad de la audiencia, y a él dirigía la vista el autor cuando publicaba. El segundo era, por lo general, foráneo, nacido del ánimo del escritor de ponerse a prueba con los iguales o con los maestros del arte, de someterse a evaluaciones regidas por normas de excelencia más universales, actualizadas y menos personalizadas que las vigentes en el lugar de origen. Los pareceres de ambos conjuntos de lectores raras veces fueron completamente convergentes, por lo cual los interesados buscaron reducirlos guardando o haciendo concesiones a los dos mundos, concesiones que no impedían la aparición de la sonrisa desdeñosa del par externo o de los malentendidos con los lectores de dentro, inclinados a mirar los textos de manera intencionadamente prejuiciosa, tal vez molestos sobre todo por el lavado de la ropa íntima ante los ojos complacidos del extranjero, como se dijo de *Pueblo enfermo*, aspecto que hasta hoy no se perdona.

El intelectual sometido al desfase existente entre la valoración de la audiencia de pares, por lo general externa, y la de dentro sintió una incompreensión en su papel. Arguedas la sufrió con particular intensidad, sumando otra debilidad a su posición social, que consideraba poco firme, si bien tal estatus no fue para él ni para los demás marginal en la sociedad. Tampoco un refugio de bo-

hemios, díscolos, cortados del resto de los bienpensantes. Se quejó del desajuste que se daba entre el estatus conseguido en la esfera pública y sobre todo del dado fuera y el otorgado dentro.

Cuando apareció, *Pueblo enfermo* no sólo tuvo una introducción de Ramiro de Maetzu, un gran intelectual español, que el boliviano se complacía en citar, sino que otros escritores, pensadores en mayoría no nacionales, hicieron notas para la prensa internacional destacando el interés del libro. Entre ellos, Unamuno escribió tres artículos elogiosos, publicados en Buenos Aires. En tanto, la prensa del país lo acogió con hostilidad, indignación o, en el mejor de los casos, le hizo un vacío. Con motivo de la publicación de *Raza de bronce*, Arguedas anotó en su diario: “He recibido algunas cartas de escritores extranjeros y dos o tres artículos de prensa con elogiosos comentarios...las cartas son entusiastas y algunas francamente admirativas. En cambio...no he recibido un solo elogio de nadie en mi país, nadie, nadie, me ha dicho nada de mi libro”<sup>76</sup>. El primer volumen de la *Historia de Bolivia* halló el mismo silencio, mientras en Chile, El Mercurio recogió un extenso y encomiástico comentario. “¿Cómo, pues, no he de creer que en mi tierra gozo del triste privilegio de ser sistemáticamente negado y combatido con esa perversa arma del silencio concertado?”<sup>77</sup>

Quizá la simpatía en el exterior fue irónicamente una de las razones que impidió a Arguedas superar el sambenito de antinacional, mientras a Tamayo le bastó con su *Creación de la pedagogía nacional* para alcanzar la

76 A. Arguedas, Diario, 11-IV-1920.  
77 A. Arguedas, Diario, 10-XI-1920.



reputación de pensador nacional. Sin embargo, esto no evitó las maledicciones producidas por la murmuración de los grupos que animaban la vida social lugareña, de mirada corta y lengua ágil. Tampoco la reprobación de sus actos públicos, no desvinculados de su posición de escritor por parte de asociaciones e instituciones. En 1930, los estudiantes dieron un primer voto de desconocimiento y oprobio contra Tamayo. El municipio de La Paz en 1932 lo declaró ciudadano infame junto con el presidente Salamanca. En 1945, los estudiantes reunidos en Sucre decretaron otra vez para él infamia y oprobio.

Por otro lado, si la discrepancia entre los juicios de unos y otros lectores era

marcada, revelaba que la influencia que el intelectual intentaba ejercer en los asuntos cívicos era inferior a la que pretendía, que la base de la demanda de reconocimiento carecía del sustento del público. Cierto, la sabiduría dio poder. Arguedas, Finot, Gutiérrez, Saavedra, Tamayo, Tejada Sorzano, lo tuvieron. Sin embargo, sea dicho de paso, estas entradas en el reino de los políticos casi siempre concluyeron mal, excepto para Saavedra, a despecho de que su sucesor cambió las fichas del tablero. Su liderazgo sufrió pero no se perdió. Tejada Sorzano salió dolido de la presidencia. Tamayo y Arguedas se apartaron en diversas épocas de la política, pero buscaron que sus ideas continuaran siendo consideradas, lo cual sucedió, aunque limitadas de más en más a círculos bien acotados de opinión.

El caso de Tamayo vale la pena ser comentado. Censurado por las representaciones estudiantiles, gozó de una estima quebradiza de los partidos nacionalistas. Ocupó la presidencia de la Asamblea de 1944, afectando encontrarse por encima de los intereses en juego. “El 21 de noviembre del 44, la nación despertó estupefacta ante el aviso oficial que hasta la fecha habían sido fusilados...”. El Presidente de la Convención reaccionó enseguida y pronunció su “gran discurso cristiano” al que atribuyó haber salvado la vida de 60 otros condenados a muerte por el régimen de Villarroel. No bastó. Sectores de la opinión lo acusaron de complicidad, de colaboracionismo, en particular los periodistas y universitarios. El 30 de abril de 1945, abandonó todo, presidencia y diputación, para no volver jamás a la Asamblea. Tal vez el error fue no renunciar cuando los fusila-

mientos, como le reprochó un político, a quien respondió “Y aquí una hipótesis lírica no exenta de pedantería: el león desde que nace siempre es león”<sup>78</sup>. En cuanto a Argüedas, gozó del aprecio de los estudiantes y fue ministro y embajador durante el gobierno del general Peñaranda. Ambos terminaron deslomados en tales experiencias postreras.

La vuelta al llano acrecentó la repulsa de la opinión adversa, que hallaba en estas caídas la confirmación de la imagen devaluada que ya tenían de los personajes, quienes a su vez encontraron en las valoraciones disímiles una justificación a la animosidad que guardaban respecto de los lectores, calificados a menudo de incultos, superficiales y prejuiciosos. En *Tamayo rinde cuenta*, su defensa, el poeta, sin perder su altivo desprecio por el público, advirtió a ciertos lectores que leen pero que no entienden mucho, que lo que escribió no era una defensa. Ni tenía que serlo. El autor de estas líneas se encuentra en ese conjunto de lectores poco lúcidos. La política contribuyó, en la mayoría de los casos, a las bajas y altas del estatus del intelectual.

Las relaciones del intelectual con personajes del exterior mostraron una doble faz. Por un lado, la resonancia de la recepción de los libros en otros países, unida al prestigio que daban los vínculos allí formados con personalidades del mundo literario, filosófico y artístico, contaba en sus valoraciones. Por otro lado, la suspicacia, la desconfianza del pueblerino hacia el portador de ideas y comportamientos diferentes a los de la mayoría corrían con libertad. De manera tal que si los grupos frecuentados por

los viajeros servían como agente de transferencias de ideas innovadoras entre las culturas de origen y la del lugar donde vivían<sup>79</sup>, si permitían que los elementos propios llevados por el escritor guarden su valor y se conozcan fuera, las referencias al mundo lejano les acarreaban una percepción prevenida de los aportes nuevos, que además exacerbaba el nacionalismo de los coterráneos y despertaba la antipatía de los políticos, que soportaban mal la pretensión a juzgarlos según la moral ceñuda aplicada desde arriba que se atribuían aquéllos, buscando presentarlos como gente carente de principios, dados a encontrar compromisos y arreglos y a conceder prebendas a los parciales reinantes en las prácticas criollas.

Sin duda, la audiencia local emitía opiniones contradictorias, lo que es común, pero cuando las últimas se tornaban dominantes, el hombre experimentaba la amargura del rechazo. La conciencia de escribir principalmente para los lectores locales que no reconocían la intención corroía su autoestima. Argüedas apuntó en su Diario ese hecho. También acusó el efecto de las querellas sostenidas con varios de los gobiernos que le dieron nombramientos. Todo ello desembocó en un malestar, en una disconformidad que le persiguió durante su vida. Los desprecios recíprocos que se suscitaban entre el escritor y su audiencia fueron probablemente una de las causas de la inclinación a aislarse, a replegarse altivamente hacia la esfera personal. Chirveches y Tamayo pasaron por similares pruebas con resultados parecidos en la conducta. Aquél se alejó de

78 F. Tamayo, *Tamayo rinde cuenta*, Ed., Don Bosco, La Paz, 1947, p.31  
79 Ch. Charle, op. cit., p.28.

todos, éste se envolvió en su capa de altanería y arrogancia distante.

Los decires que mostraban a los intelectuales como personas poco prácticas también perjudicaban sus expectativas, estableciendo vallas a las ambiciones y tiñendo de dudas la idoneidad de sus actuaciones. Sin embargo, varios le dieron la vuelta a esos prejuicios y utilizaron la figura del intelectual, su desprendimiento y la posibilidad de colocarse por encima de los pleitos de personas y de partidos como base firme para su actuar en política o en diplomacia, hasta alzarse a la presidencia de la República.

En resumen, el estatus de los escritores, afectado por orientaciones hacia públicos con distintas expectativas y lidiando con las interpretaciones de los lectores de dentro, no cristalizó en un conjunto de valoraciones coherentes, lo que dejó un sabor de incompreensión en los más sensibles del grupo. Probablemente las disparidades de apreciación del personaje y sus obras pesaron más entre aquellos que pusieron en su papel de intelectual un compromiso mayor que los que se repartieron su actividad en varios campos.

## La recepción de la obra

La crítica que buscaron los intelectuales bolivianos en el exterior no era producto puro de la vanidad; era un elemento de la construcción de su papel de intelectual. Por eso, cuando era positiva, así fuera hecha por personajes menores, producía engreimiento, y por el contrario, cuando se los ignoraba, se sentían apabullados, vencidos. Publicar en Francia o España constituyó un ob-

jetivo para la mayoría de los escritores que vivieron en esos lugares. Entre los bolivianos, Alarcón, Arguedas, Chirveches y Mendoza lo consiguieron, al igual que otros latinoamericanos. El hecho de ser leído en un sitio admitido como uno de los centros mundiales de la cultura ofrecía, además de la satisfacción personal, un elemento que pesaba en la recepción de la obra en la sociedad de origen, donde surgían sentimientos mezclados de orgullo y envidia, de admiración y de censura.

La partida al extranjero en pos de nuevos horizontes, donde varios aprendieron el oficio, pagó la promesa, pero tuvo su costo, en ciertos casos tal vez muy alto, como se vio. Algunos se quejaron en la intimidad de no pertenecer a ningún mundo. Con un reconocimiento frágil en el exterior, mal vistos en su pueblo, se sintieron abandonados en la batalla, cuando no fracasados<sup>80</sup>.

Arguedas, tal vez el más conocido en el extranjero de los de su tanda, gozó en Iberoamérica de una difusión significativa. En Francia, bien integrado socialmente, su obra no llegó a las cumbres de la aceptación ni de la divulgación. Sus libros se leyeron principalmente en el medio de los especialistas de América.

En Bolivia, los ensayos y las novelas se vendían bien, con los criterios nacionales del momento. Figuraban, según la librería Arnó, en la década del 20, entre los más solicitados. Pero una cosa era la venta y otra la crítica, y ésta, a menudo, los ignoraba o destacaba en ellos lo que consideraba antinacional en la obra. Chirveches, igualmente, tuvo una buena acogida de sus

80 A. Arguedas, Diario, 15-III-1912.

novelas, si bien sufrió igualmente, quizá por su propio carácter. Así, a pesar de la publicación de *La candidatura de Rojas* en “Le Temps”, diario francés de mucha circulación, bajo forma de folletín, creyó su trabajo poco apreciado.

Tamayo no publicó fuera. Los poemas se vendieron en el país y en el extranjero, y aquí y allá fueron apreciados. La crítica también se manifestó reiteradamente señalando los defectos de sus versos: obscuridad, pesadez, altisonancia, lenguaje hermético, erudición gratuita<sup>81</sup>. Los artículos de prensa sobre la educación, consagrados a la creación de una pedagogía nacional apropiada para recuperar la energía de las masas indígenas, retomados bajo forma de libro, le dieron sólida reputación en los grupos de avanzada. Provocó una polémica con F. S. Guzmán que se considera un hito en la formación del pensamiento nacionalista. No faltó en la obra alusiones abundantes implícitas o explícitas a autores y temas del exterior y tampoco escapó al racismo del ambiente. De los autores de esa generación fue el que el país consideró como el más propio y al que en vida dio la mayor consideración, tomada con cierta condescendencia por el propio personaje, aunque muchos de sus contemporáneos se negaron a tomarlo en serio.

Los dos escritores dominantes de la generación nunca mantuvieron entre ellos una relación afectuosa. Argüedas admiró algunas de las poesías de Ta-



mayo, pero detestó al hombre. Tamayo tampoco tuvo simpatía por aquél.<sup>82</sup>

Sánchez Bustamante, uno de los fundadores de la sociología académica en Bolivia, tuvo una obra más diversa y desperdigada en artículos de prensa. Elaboró una tesis sobre *Bolivia: su estructura y sus derechos en el Pacífico* (1919), que suscitó discusiones. Vázquez Machicado apuntó la debilidad del planteamiento, que no tomaba suficientemente en cuenta el Oriente<sup>83</sup>. Polemizó, por otra parte, respecto a la filosofía de la educación nacional, con puntos de vista que recogían los últimos avances de la pedagogía en Europa, pero recusó la implantación de reformas con desconocimiento de las características del boliviano. Escribió igualmente textos de enseñanza universitaria.

81 D. Gómez de Fernández, *La poesía lírica de Franz Tamayo*, Ed., Amigos del Libro, La Paz, 1968, p.8.

82 Tamayo, en *Scherzos*, le dedicó a su rival una letrilla con el título de Filisteo: “Tu historia son historias / tu cuenta cuentos. / Disfraya de aspavientos / tus pepitorias / la musa cambia / más no tu castellano... de Churubamba”. Argüedas no se quedó atrás, en su Diario emprendió con su viejo adversario anotando “comediante que durante toda su vida no ha hecho otra cosa que fingir actitudes, lanzar frases impresionantes, pero que no ha obrado nunca con generosidad y desprendimiento... toda su vida no ha hecho otra cosa que... lanzar... puntapiés sobre las nalgas de otros tan mentecatos y vanidosos como él y esta su habilidad en las patadas le ha creado un ascendiente que pocos escritores han tenido en este país desmemoriado y desorbitado”.

83 H. Vázquez Machicado, *Los precursores de la sociología boliviana*, Ed., Don Bosco, La Paz, 1991.

Mendoza descolló en la reconsideración de la geografía nacional. Sus ensayos influyeron en los medios políticos e intelectuales y provocaron controversias. *En las tierras del Potosí* fue considerada como una de las mejores novelas nacionales, en el momento de su aparición. Rubén Darío señaló al autor como el Gorki boliviano. *Páginas bárbaras* (1914), *Los malos pensamientos* (1916) y *Memorias de un estudiante* (1918), sus otras ficciones, no consiguieron el éxito de la primera. Gutiérrez y Saavedra tuvieron una obra histórica, política y sociológica reconocida como significativa por sus contemporáneos. *El melgarejismo antes y después de Melgarejo* del primero encendió vivos debates y réplicas que todavía guardan el interés del público actual. El texto de Saavedra sobre la democracia se consideró en el momento un aporte a la teoría política. Aunque tuvo para el autor un efecto boomerang cuando éste ocupó la presidencia<sup>84</sup>. El estudio sobre *El ayllu* (1903) fue también juzgado como una contribución a las ciencias sociales. Finot, además de escribir novelas, produjo textos históricos y ensayos, entre los cuales están *La reforma educacional en Bolivia* (1917), la *Historia de la conquista del Oriente boliviano* (1939), la *Historia de la literatura boliviana* (1943) y la *Nueva historia de Bolivia en clave sociológica* (1946); fueron destacados por la crítica y los lectores. Todos fueron reeditados. Alarcón, viajero impenitente y escritor constante de

novelas y poesías, tuvo un público que permaneció fiel a sus creaciones. Bedregal dio a sus textos un tono entre irónico y sociológico bien aceptado por la opinión. Casto Rojas aportó con ensayos sobre las finanzas del país. Los demás autores, después de un inicio llamativo como intelectuales, especialmente con artículos de prensa, poesías, ensayos o novelas, se entregaron de lleno a la actividad política, realizando publicaciones de tiempo en tiempo.

## Los lectores

¿Quiénes fueron los lectores en el país de los escritores? En los primeros años del 900, La Paz, la ciudad con mayor población del país, contaba con 54.713 habitantes<sup>85</sup>, los eventuales lectores alcanzaban a alrededor de 15.146, número que corresponde al total de personas que sabían leer y escribir, equivalente al 30% del total. Si se afina la cifra, no de manera muy exigente, para considerar los segmentos de población más cercanos al libro, como los profesionales liberales, los estudiantes, los artistas y profesores, los religiosos, un sector de los comerciantes e industriales, propietarios, así como el artesanado (joyeros, relojeros, tipógrafos, calígrafos) se llega a cerca de 8.000 personas, algo más del 14% del total. En Cochabamba y Sucre, con poblaciones del orden de los 20.000 habitantes, la proporción de lectores era parecida a la de La Paz.

El grueso de los lectores se reclutaba principalmente en los sectores socia-

84 Arguedas refiere una anécdota sobre el particular: preguntado por V. Mendoza López, un familiar de Saavedra, acerca del libro le respondió: "Como teoría, no hay nada que decir, excelente, ¡Lástima que como gobernante no pueda realizar lo que piensa!". El otro replicó: "Con una especie de asombro sonriente, qué quiere usted. ¡Si lo hiciera al día siguiente lo echaban de palacio sus mismos porteros!". Diario, 9-IX-1921.

85 Cf. Censo Nacional de 1900, Boletín de la Oficina Nacional de Inmigración, Año I, Nro. 9 y 10, pp. 851 y ss. La cifra de lectores se ha obtenido aplicando a categorías como: comerciantes, industriales, propietarios, el porcentaje general de población alfabetizada. El mismo procedimiento se siguió con el artesanado, salvo los oficios, como tipógrafos, joyeros, relojeros, calígrafos, que incluyeron a todos.

les medios y altos, de sexo masculino y universitarios. Sin embargo, en la época las mujeres ya se estaban familiarizando de manera significativa con el libro, como se desprende de las ventas de novelas, no sólo en castellano. Algunas librerías de La Paz, Oruro y Cochabamba traían corrientemente obras de ficción en francés e inglés, como las entregas de la Colección Nelson en inglés, cuyas lectoras eran generalmente jovencitas de alta sociedad. Si se quiere una cifra impresionista de éstas, con seguridad no pasaban de una veintena por ciudad. En las ciudades importantes se comercializaban textos de la Biblioteca Alcan, de París, en la cual se publicaron los autores de mayor renombre en las ciencias sociales y la filosofía europeas. Como se ve, el perfil del lector nacional de entonces es el de una persona relativamente letrada, antes que de gustos populares. Compartía con los autores los mismos horizontes sociales y culturales.

Una fracción de la población muy reducida, alrededor de unas 40 personas en La Paz, en una aproximación de nuevo impresionista, constituían lo que se podría denominar el grupo de referencia de los autores nacionales, vale decir, el lector crítico, conformado por periodistas, profesores, escritores y editores, cuyas opiniones sobre libros y autores influían en los lectores comunes y la opinión. Esta cantidad de personas hacía que el papel de crítico se convirtiera en una relación altamente personalizada, en lugar de seguir una orientación más general, más profesional. Bedregal, en *La máscara de estuco*, en tono de broma pero que ofrecía una buena



imagen de la realidad, afirmaba que aquéllos en el país no pasaban de “cuatro docenas y media”, que no los nombraba para no escarnecer a los damnificados o “para que los escasos lectores no se sientan humillados por la mala compañía”<sup>86</sup>.

Los tirajes corrientes de los libros eran de 300 a 500 ejemplares. Argüedas, para la publicación de *Raza de bronce* (1919) efectuó un contrato con los librerías y editores Gonzáles y Medina por mil ejemplares pagados por anticipado y cien para el autor<sup>87</sup>, un acuerdo excepcional para ese momento y aun para hoy. Los libros se vendieron rápidamente, pese a las fallas tipográficas. El éxito editorial decidió al autor a publicar por su cuenta en los talleres de Don Bosco el primer volumen de la *Historia de Bolivia: La fundación de la República*, en mil ejemplares. La operación resultó un fracaso, pues ocho meses después de

86 J. F. Bedregal, *La máscara de estuco*, op. cit., p. 57.  
87 A. Argüedas, *Diario*, 1-VII-1919.

su lanzamiento, más de la mitad, 650, no había sido vendida<sup>88</sup>. Por eso la cedió a Gonzáles y Medina, quienes desgraciadamente quebraron al poco tiempo después de un incendio, aunque posiblemente algo del lote se haya salvado. En 1922 lanzó por medio de la librería Arnó hermanos la *Historia general de Bolivia*, en 5000 ejemplares, un tiraje récord. El libro recibió inicialmente una acogida favorable. La Cámara de Diputados compró 60 volúmenes para distribuirlos entre sus miembros. Sin embargo, pronto los lectores y los críticos se disgustaron por los tajantes juicios acerca de la política, la prensa y sus actores, por lo que el recibimiento se fue enfriando. El editor cumplió con su parte y remitió el cheque de 2500 pesos, con los cuales el historiador planeó viajar a Europa con su familia<sup>89</sup>.

Arguedas entregó la mayoría de sus obras a casas editoras españolas, a fin de extender su mercado. *Raza de bronce*, en su segunda edición, con un prólogo de Rafael Altamira, la imprimió Sempere de Valencia. El texto circuló poco, debido a los errores de la impresión. Una tercera edición se hizo por Losada de Buenos Aires y alcanzó varias reediciones. Se publicó también una versión francesa, en una revista por entregas. La primera publicación de *Vida criolla* se efectuó en La Paz, en la imprenta Velarde, que también imprimió *Pisagua*, primera novela del autor. Una segunda edición corregida de *Vida criolla* salió en París, en la Librería Ollendorf, en 1912. *Pueblo enfermo* apareció por primera vez en Barcelona, en 1909, a cargo de la casa editorial Viuda de Tasso, donde se editó la mayor

parte de los estudios de historia. La tercera versión, modificada con respecto a la primera, salió en la Editorial Ercilla de Santiago de Chile. Un fragmento de las memorias, con el título *La danza de las sombras*, apareció en Barcelona Sobs. de López, 1934. Arguedas fue un autor relativamente leído por el número de las reediciones que se hicieron en vida de su autor, y que todavía se hacen.

El Diario, que cubrió más de cuatro décadas de la vida del escritor, se distribuyó en copias mecanografiadas en cuatro bibliotecas del mundo, ahora a disposición de los lectores. Mientras lo escribió, pocas personas lo conocieron. Algunos ejemplares fueron robados en los años treinta de su casa. No se supo el destino que corrieron. Contiene pocas anotaciones sobre la vida íntima del autor y de su familia, que según dijo allí, la había puesto en parte en sus novelas, en especial *Vida criolla* y su continuación en otras dos novelas que tampoco se resolvió a publicar a pesar de continuar trabajando en ellas hasta poco antes de su muerte.

El Diario recogió notas de personas, de cosas banales, de sucesos importantes, de lecturas, de sus preferencias artísticas en el desorden de la vida diaria. Abunda en observaciones de la política nacional de los partidos y de sus adherentes. Los siguió con mirada preocupada y severa, en momentos con esperanzas, en otros con rabia, desilusión e impotencia. Llenó varios volúmenes con anotaciones sobre la Guerra del Chaco, que la consideró un trágico error. La paz con el Paraguay y los regímenes militares que la siguieron motivaron opiniones

88 A. Arguedas, Diario, 20-IV-1921.

89 A. Arguedas, Diario, 3-XI-1922

fuertemente contrastadas. Se extendió sobre las misiones diplomáticas en Francia, Inglaterra, Colombia y Venezuela, con vívidos relatos de la política y la sociedad, las costumbres, los pueblos y paisajes, la gente de arriba y los de abajo, los gobernantes, los literatos y los periodistas. Las relaciones con otros escritores ocuparon un lugar importante en el Diario.

Retrató a los hombres y mujeres que conoció o con los cuales convivió. Amó los viajes y anotó sus impresiones de las ciudades y poblaciones que visitó, los estilos de vida, los monumentos, museos, hoteles y fondas. Por ahí se filtraron algunos chismes, pero su personalidad retenida no dejó mucho espacio para ellos. No contuvo los juicios sobre los políticos o los intelectuales enmarcados en criterios éticos, si bien no exclusivamente. A veces lo hizo con sentimientos exaltados. También reconoció los méritos y virtudes. Los dos conflictos bélicos mundiales desasosegaron su ánimo, en particular el segundo. Hizo notas repletas de indignación por la barbarie y crueldad de los beligerantes. Descubrió los efectos malignos del racismo y el totalitarismo de la Alemania nazi y los rechazó. Muchas entradas están dedicadas a sus libros, al trabajo de corregirlos, sin entrar en el detalle, a los problemas con los editores. El Diario fue revisado en varias oportunidades durante su vida. En los últimos años se arrepintió de haberle dedicado tanto tiempo, bajo el impulso de las lecturas y el vigor de la juventud, pero ya era un hábito difícil de dejar. Tal vez quiso hacer de él un estudio moral del la primera mitad del siglo pasado.

Mendoza también publicó su novela *En las tierras del Potosí* en Barcelona. Tamayo recurrió a las editoriales

paceñas: *Odas*, su primer libro, apareció en La Paz, en 1898; *La Prometheida o las Océánides* (1917) tuvo una segunda edición, en 1948, en la Editorial Don Bosco; *Nuevos Rubáyát*, (1927) salió en la Imprenta Artística y *Scherzos* (1932), *Scopas* (1939) y *Epigramas griegos* (1945) fueron todos impresos en la Escuela Tipográfica Salesiana. Entregó asimismo al público algunas conferencias y folletos. A. Gutiérrez publicó *El melgarejismo antes y después de Melgarejo*, *Los Colorados de Bolivia* en la Librería y Editorial Gonzáles y Medina y *La Guerra del Pacífico* en La Casa Bouret de París, primera impresión, 1914, segunda, corregida y aumentada, 1920, un indicador del interés del estudio entre el público nacional.

El conjunto de lectores era escaso, pero el negocio de librería e imprenta se desarrolló con las casas editoriales en las principales ciudades. En La Paz, Gonzáles y Medina, una de las más importantes, tenía hacia 1918 en su catálogo algo más de 120 obras bolivianas. Entre ellas figuraban las de Gutiérrez, Guzmán, Saavedra, Chirveches, Alarcón y Sánchez Bustamante. Una buena parte de los textos eran estudios históricos o manuales de derecho, disciplina que en ese tiempo concentraba el mayor número de estudiantes y profesionales. Ahí estaba el núcleo firme de la clientela de las librerías. La Universitaria, de Arnó hermanos, fundada en 1904, construyó un edificio exclusivo para la librería, donde se halla actualmente la Librería Gisbert, con sucursales en Cochabamba, Oruro y Potosí, contaba en su fondo editorial con un crecido número de autores bolivianos, cerca de 70. Editó a Arguedas, Men-

doza, J. M Camacho. Lakermance hermanos editores, donde publicó Emilio Finot, igualmente ofrecía a su clientela un amplio abanico de publicaciones. Renacimiento, otra librería e imprenta de La Paz, sacó varios textos, entre los cuales figuran las Obras Completas de Mariano Baptista, en siete tomos (1932).

El personaje del librero-editor se implantó en el país en la primera década del siglo XX, tomando para sí las tareas de publicar y difundir los textos en forma más empresarial. Coordinó aspectos de la edición que bajo el régimen artesanal, predominante antes, permanecían separados: la fabricación, la venta y, en ocasiones, los riesgos de la publicación. Varios intelectuales se sirvieron de él, otros continuaron haciendo los libros en las imprentas artesanales, responsabilizándose de la suerte del libro en el mercado, en ediciones por cuenta del autor.

Se podría calcular para el año 1920 la cifra de librerías que había en el país a partir de los datos de La Paz, donde por entonces habían establecidas unas 10, dedicadas principalmente al negocio del libro: en total se alcanzarían unas 35 en todo el territorio nacional. Su papel fue importante en la circulación de las obras, pues no se limitaban a vender, sino que aconsejaban a los clientes sobre las novedades editoriales y hasta a los propios autores, en especial los libreros que a su vez actuaban como editores. En la Paz se podría avanzar la cifra de 25 a 30 textos por año en las distintas imprentas. El tiraje podría llegar a unos 14.000 ejemplares, incluida la folletería y las obras escolares, número al que habría que añadir la importación, principalmente de España y Argentina.



Caricatura de F. S. Guzmán

La cantidad de lectores subió en las primeras décadas del siglo XX con relación a la de los inicios del siglo, pero seguía siendo baja. Sin embargo, se trataba de compradores fieles, pues leer era por aquel entonces un acto valorado, no había muchos otros medios en competencia para acceder a la ciencia, a las ideas, a la cultura. Por eso la compra de un libro justificaba el sacrificio, sin duda todavía alto, a pesar de que las técnicas de impresión habían bajado considerablemente el costo.

En los años del Primer Centenario de la Independencia la situación continuó en ascenso, ampliando la cifra de lectores, gracias al avance de la educación formal, sobre todo en provecho de los sectores medios urbanos, como se desprende de los informes oficiales. El número de estudiantes se multiplicó por más de dos en La Paz entre 1900 y 1926, pasó de 5.109 a 12.864. Sin embargo, hacia 1928, los

libreros se quejaban de la disminución de las ventas o quizá éstas no respondían a sus expectativas. Arnó Hnos. vendió un promedio de 47 libros por año de *Los caudillos letrados* entre 1924 y 1928, y 20 tanto de *La plebe en acción* como de *La dictadura y anarquía*, y eso que el historiador se encontraba entre los autores más demandados.

Una encuesta de “El Diario” señaló las novelas como las de mayor atracción para la clientela. Encabezaba la lista de las mejores ventas V. Blasco Ibáñez, seguido por R. León, P. Baroja, H. Barbuse, P. Loti, en la casa Arnó Hnos., todos novelistas extranjeros. Las preferencias eran parecidas en la librería Crespi: en primer lugar estaban los dos españoles, pero a ellos se añadía enseguida M. Delly, ¡ya!. Flores y San Román, otros comerciantes en el ramo, presentaron resultados similares. Los escritores nacionales tenían poca salida. Los más pedidos eran Argüedas, Gutiérrez y Chirveches, en ese orden<sup>90</sup>.

## El Círculo de París

El oficio de escritor, sostienen algunos especialistas, madura mejor especialmente en la etapa formativa y dentro de grupos de gente con intereses e ideas afines. Los círculos literarios formados en los inicios del siglo XX en varias capitales del país contribuyeron, como se señaló antes, a encauzar las primeras vocaciones, las lecturas iniciáticas; pese a que en algunos casos su duración fue corta, intervinieron en un momento en que el joven requería de contacto con gente de ideas afines, para poder asentar las posiciones propias.

El círculo que conformaban en Francia los autores latinoamericanos sirvió igualmente a este propósito. No tenía un número fijo de miembros, pues se renovaba en permanencia con las llegadas de unos y las partidas de otros. Entre los residentes de mayor permanecía, con los cuales Argüedas mantuvo un contacto regular y citó con mayor frecuencia en el Diario, se hallan en distintas épocas H. Barbagelata (1885-1971), uruguayo, escritor y periodista; R. Blanco Fombona (1874-19449), historiador y novelista venezolano; L. Bonafoux (1855-1918), cronista español; P. Echagüe (1877-1950), ensayista argentino; A. Hernández Catá (1885-1940) poeta y novelista cubano; E. Gómez Carrillo (1873-1930) prosista y ensayista guatemalteco-español, R. Darío (1876-1916), nicaragüense, uno de los poetas mayores de las letras castellanas; F. García Calderón (1883-1953), ensayista y crítico literario peruano; G. Mistral (1889-1957), gran poeta chilena, premio Nobel de Literatura en 1945; M. Ugarte (1874-1951), ensayista y novelista argentino.

Hacia 1910, el círculo más íntimo estuvo compuesto por Ugarte, Blanco Fombona, García Calderón, Echagüe, Barbagelata y Hernández Cata. Se reunían en cafés o se invitaban a las casas. El Napolitano, un café de propiedad de Gómez Carrillo, era uno de los más frecuentados. No faltaban algunos lobos solitarios que rehuían las relaciones con los demás latinoamericanos o aparecían esporádicamente, como Vargas Vila o Chirveches, en sus últimos tiempos.

Argüedas conoció a través de amigos del círculo o en forma personal a algunos importantes intelectuales espa-

90 A. Argüedas, Diario, 27-VII-1928 y 4-XII-1928.

ñoles, como Unamuno, con quien mantuvo una larga y afectuosa relación, a pesar de los brevedad de los encuentros cara a cara que tuvieron, G. Alomar, R. Altamira, autor del preámbulo de *Raza de bronce*, R. de Maetzu, prologuista de *Pueblo enfermo*. En las opiniones favorables de estas personalidades sobre sus obras encontró la comprensión y simpatía que creía le negaban los suyos, como señaló en varios pasajes de su Diario. Maetzu le decía al boliviano en su carta prólogo: “Usted ha hecho por su país con este libro lo que unos cuantos españoles hicimos por el nuestro hace diez años a raíz de haberse perdido las colonias...Lo miramos desde fuera, y nos dijimos como Hamlet. “El mundo está desequilibrado”, porque entonces no nos atrevíamos a completar la frase. “¡Y yo he nacido para ponerlo en orden!”

“Hicimos entre quince o veinte intelectuales, cada uno por su lado y procediendo con espontaneidad e independencia, lo que usted intenta solo, y acaso realiza en lo posible, más sistemática y más científicamente que nosotros”<sup>91</sup>. Al boliviano le encantaba citar esta carta.

En París la comunidad de idioma facilitaba las reuniones, el intercambio de los avances de los trabajos, la discusión de los méritos de los autores de moda, el descubrimiento de otros olvidados o apenas conocidos. Las interacciones en el grupo informal proporcionaban apoyo intelectual y emocional a los escritores instalados en un medio que no se abría de inmediato ni con facilidad. Pero tampoco faltaban las rencillas, las separaciones. Las comparaciones de la obra propia con

la ajena suscitaban desavenencias y peleas. Las mezquindades nunca ausentes aflojaban las relaciones, formaban alianzas y oposiciones no siempre durables, cambiantes como la suerte de unos y otros. El reconocimiento a los méritos se hacía en público, si bien no se prodigaba, salvo entre las personas que mantenían lazos de simpatías durables. En privado no era raro que las opiniones cambiasen o los juicios se hiciesen más severos. La postulación de Blanco Fombona y después de García Calderón al premio Nobel motivo críticas duras contra los postulantes entre los amigos, cuya obra se consideró de poca envergadura y calidad para tal reconocimiento. El boliviano no se abstuvo de manifestarlas y aquellos le pagaron con la misma moneda. En charlas íntimas con Marof, Blanco Bombona y Ugarte dieron sus impresiones sobre el hombre, de quien dijeron que carecía de talento y que era medido en los gastos.

Argüedas escribió sobre “el tiempo de las bellas relaciones”, pero éstas tenían también su lado oscuro, lo cual no dejó de anotar en el Diario. Tomó la pretensión de sus amigos al Nobel como una ambición desproporcionada con relación a los méritos reales de los trabajos. Las pretensiones intelectuales de unos y otros producían molestias y alejamientos. El tenerse presentes unos a otros como referencia era un instrumento intelectual de comparación que redundaba en beneficio de la obra. La emulación servía de acicate entre ellos. El grupo permitía ampliar la red de relaciones dando oportunidad de conocer a autores franceses o de otras nacionalidades. Prodigaba información útil sobre el mercado y los im-

91 R. de Maetzu, Carta prólogo en *Raza...*, op. cit., p.13.

presores. En parte esas amistades favorecieron la aparición de la versión francesa de *Raza de bronce*.

Por otro lado, el conocimiento recíproco de los países generó vivos sentimientos latinoamericanistas. La situación de cada sociedad, los problemas que las aquejaban, las perspectivas que se dibujaban en el horizonte fueron motivo de frecuentes conversaciones entre ellos o tema de los libros. Los intercambios corrían con facilidad por la unidad de la lengua y las semejanzas de cultura, que por entonces la mayoría de los expatriados se complacía en destacar, a diferencia de lo que ocurre hoy, que los intelectuales se sienten ante todo inclinados a recalcar las diferencias, así sean de matices. Blanco Fombona se calificaba de escritor hispanoamericano, convencido que con él y los demás estaban creando un castellano original. Aspiraba a conformar una comunidad con rasgos propios, asentada en la cultura común, en la originalidad de la raza o, mejor, de su gente. No estaba sólo en el propósito. Francisco García Calderón escribió su ensayo sobre las democracias latinoamericanas para ponerlas en guardia contra los peligros de culturas extranjeras emergentes, como Japón, Alemania y Estados Unidos, y alentar la unión de los pueblos de común origen<sup>92</sup>.

Los intelectuales de París se vanagloriaban del conocimiento que cada cual tenía de su pueblo y de los demás países del continente. A éstos se referían muchas veces en sus libros y artículos. García Calderón, Blanco Fombona y Ugarte intentaron síntesis históricas o literarias de Iberoamérica. También se sentían bien informa-



Pabellón de Bolivia en la Exposición Universal de París (1889)

dos sobre Europa y sobre las corrientes de pensamiento y los autores. No negaban su influencia, visible en sus trabajos, pero a la vez recalcan el vuelo propio que las letras de la región iban tomando. Ninguno cortó con las raíces que lo ataban a su nación. Hubo en esas actitudes una mezcla de un cierto nacionalismo cultural y la necesidad de mirar a los modelos europeos que no se resolvió sin dejar secuelas en el individuo y en sus relaciones con su gente.

El círculo de París cumplió la función de poner al tanto de la producción europea a quienes lo frecuentaban, pero a la vez favorecía las comparaciones con lo que se hacía en el continente. La obra de Argüedas, con sus virtudes y defectos, debía mucho al grupo de París. Lo mismo sucedió con los otros autores que vivieron en esa ciudad en aquellos años o en otros lugares de Europa. Pero la patria fue la que amaron y quisieron comprender. Así Blanco

Fombona dijera que no escribía para los cuatro gatos de su país, lo hacía para los noventa millones de hispanohablantes<sup>93</sup>.

## La percepción de los coterráneos

Si bien no se tiene mucha información sobre este tema, que es distinto al de la recepción de la obra, aparecen algunos comentarios en diarios, memorias y biografías. El asunto reviste interés, pues esas apreciaciones interactuaron con los intelectuales, aunque algunos de ellos decían no interesarles. “Ni los honores me aumentan ni las injurias me disminuyen”, escribió Tamayo. Al autor de *Pueblo enfermo*, no, pues le importaban mucho. Hubiese querido que la intención crítica de sus escritos, dirigida a sacudir hábitos perjudiciales, no fuese mal comprendida o quedara en la indiferencia. Por supuesto, ese reconocimiento en la patria fue de enorme importancia para todos ellos.

Se ha dicho de Argüedas y de varios otros autores, especialmente de los que realizaron largas estadías fuera, como Tamayo, Gutiérrez y Finot, que tenían un ego desmedido, una mirada despreciativa de los demás, cuando no estaban afectados de un pesimismo estéril y una actitud de permanente queja por ser desconsiderados en sus países, pero que la visión ennegrecida y los lamentos desaparecían cuando se les daba un cargo diplomático. “Entonces recuperaban la fe, se persuadían de que no todo estaba perdido y recomenzaban la faena con ím-

petu inigualado”<sup>94</sup>. La imagen no es del todo falsa, pero peca de simplista y caricaturesca. Ni duda cabe, fueron vanidosos y egocéntricos. Pero esta actitud no fue exclusivamente de ellos, era una manía que recorrió Europa durante el XIX. Los autores estuvieron cercanos a creer que el resto de la gente giraba alrededor de ellos. Se complacían en describir los estados de ánimo de su ser. Basta señalar *Recuerdos de egotismo* (1835), de Stendhal, o *Culto del yo*, de Barrés, o los diarios, autobiografías, confesiones y memorias que describían los sentimientos y las reacciones íntimas de los autores, textos que proliferaron por entonces.

En estas tierras los escritos íntimos fueron menos frecuentes o se han perdido. De esa generación, únicamente Argüedas tuvo durante su vida el Diario, del que sin embargo no se ha publicado sino algunos fragmentos<sup>95</sup>. Argüedas no entregó mucho en las anotaciones de sus dramas íntimos, pero tampoco son raras las referencias a ellos. En los años postreros lamentó haber escrito el Diario. Lo consideró una empresa de juventud, hecha bajo la influencia de Amiel y de N. Bashkirtseff pero que, vista a distancia, no se justificaba. En esas anotaciones casi diarias se atenúa mucho la impresión de vanidad, pues fue crítico con sus contemporáneos, pero también con él y con sus ficciones, sobre la cuales volvía cada cierto tiempo, cambiándolas en el fondo y la forma. Tenía una concepción exigente de su oficio y de la moral individual y pública. Como su personaje, Ramí-

93 F. Blanco Fombona, *Letras...*, op. cit., p.IV.

94 J. L. Roca, “Argüedas y la cofradía de “El Napolitano””, en *Epistolario de A. Argüedas*, Fundación Manuel Vicente Ballivián, La Paz, 1979, p.17.

95 Fuera de la *La danza de las sombras*, M. Alcázar publicó, en *Etapas en la vida de un escritor*, extractos de entradas del Diario que toman los primeros años hasta 1907 y saltan luego a 1938–1945. Varias de las entradas son sólo fragmentos de las anotaciones de un día. *Etapas en la vida del escritor*, Talleres Gráficos, La Paz, 1963, pp. 23-205.

rez, reconocía las dificultades que tenía para entablar relaciones o iniciar una conversación con extraños. No le gustaba hacer discursos o hablar en grupos numerosos. La presunta arrogancia era un estilo de personalidad más retenida. El pesimismo procedía en parte de la triste convicción que se formó de la impermeabilidad de los hombres y de la sociedad a los reparos que hacía de los extravíos, de los errores de los conductores y sus seguidores, poco sagaces, incapaces de percibir la complejidad de las situaciones locales e internacionales. Por otra parte, no cesó nunca la crítica ceñuda, sin importarle los nombramientos recibidos. El Diario fue el confidente de los intransigentes juicios sobre algunos de los personajes que le otorgaron designaciones, aunque a menudo no se confinaron a esas páginas, los lanzó a la opinión pública y a los interesados en misivas y manifiestos, ajeno a la voz de la cordura de familiares y amigos que le señalaban los riegos para él y los suyos.

Sin duda exageró el mal trato de sus compatriotas, que tampoco fue pura imaginación, Recibió honores y tuvo puestos envidiables sobre todo en el exterior al igual que etiquetas negativas, estereotipadas de sus trabajos, que le tocaban profundamente. Fue uno de los pocos escritores nacionales a quien su obra le hubiese permitido vivir con decencia. De los hombres de su generación, él encarnó el intelectual típico con fortalezas y debilidades.

La soberbia atribuida también a Tamayo, Finot, Gutiérrez y otros tuvo mucho de cierta: “Yo fui el orgullo como se es la cumbre / y fue mi juventud

el mar que canta”, escribió el primero en uno de sus versos. Las poses y la presunción que afectaba Tamayo producían burlas típicas del entorno reducido. Se lo calificaba de payaso<sup>96</sup>. Aquella soberbia tuvo que ver con la superioridad de conocimientos de los intelectuales, de la que se servían en los combates periodísticos y oratorios para aplastar sin contemplaciones a los adversarios ¿No llamó acaso Tamayo “triple cretino”, además de “enano por onanista u onanista enano” a su biógrafo Fernando Díez de Medina? (éste además mostró que no le faltaba habilidad para responder).

Vale la pena anotar, así sea de paso, que en el fondo de esa querrela que movía la vanidad herida de uno y otro se encontraba el tema de lo mestizo y lo indio en el país. Tamayo se ufana de ser indio sin mixtura de birloche, mientras Díez de Medina se proclamaba mestizo. El país no ha acabado de exorcizar a los fantasmas familiares. La gente calificaba esas salidas de soberbia. Las poses de los escritores, las respuestas hechas con ingenio o contundencia en un ambiente urbano constreñido, donde el conocimiento directo de los personajes alentaba el chisme y contribuía a alimentar las antipatías, a veces heredadas de familia o simplemente provocadas por el hombre que se aleja del común, apuntalaron la percepción de que se trataba de personajes intratables y soberbios.

Los intelectuales solían ser quejumbrosos en Bolivia y en otras latitudes. La recriminación esta vez no era pura maledicencia. Siempre creían recibir menos de lo que merecían o pensaban que se los atacaba injustamente. Aunque quizá no tuvieron la audiencia,

96 F. Díez de Medina, *Tamayo: hechicero del Ande*, Ed., Juventud, La Paz, 3 ed., 1968. Ver también F. Díez de Medina, “Para nunca”, en E. Oblitas Fernández, *La polémica en Bolivia*, s/e, La Paz, 1992, p.465.

atención y la simpatía que reclamaban para sí y su obra. Los ataques tocaban cuerdas sensibles de su personalidad en algunos más que en otros. Sin embargo, la polémica que levantaron los estudios y ensayos, particularmente de Arguedas, Saavedra, Tamayo, Sánchez Bustamante, Guzmán y Gutiérrez, tuvieron el interés del público, que no estuvo ausente.

Arguedas soportaba muy mal la acusación de destacar el lado denigrante del pueblo boliviano. Quiso crearla fruto del desconocimiento verdadero de su obra. Vio allí un fenómeno producido por una especie de contagio. No leyó en vano a G. Le Bon. La separación entre la acogida en el exterior, las ventas en librería de algunos de sus libros y la persistencia de los juicios que aludían al hombre antes que los textos, así como los pocos comentarios serios hechos a sus trabajos, contribuyeron a una suerte de ambivalencia emocional respecto a su patria.

Tampoco fue cierta para todos aquellos que estuvieron en Francia la imagen de vida frívola y dedicada a la caza de mujeres de pequeña honra que tenía el público. Arguedas asistía de manera sistemática a los cursos de la Escuela Libre de Estudios Sociales y trabajaba con dedicación sus escritos. Las reuniones con los amigos del círculo de latinoamericanos en París no sólo servían para distracción sino para propósitos del oficio. Tamayo, por su parte, sacaba provecho de sus viajes al exterior, pues después, en La Paz, se aislaba en su propiedad del Altiplano para meditar y escribir. Mendoza se convirtió en escritor durante su estada en París. Chirveches, antes de su muerte, pasaba su tiempo recluido en una pieza alquilada, reductando y revisando textos, cuando

su aguda melancolía se lo permitía.

La bohemia, sin duda, tentó a algunos escritores afuera y en el país. Constituyó la imagen de marca de un grupo de poetas y escritores franceses finiseculares (Baudelaire, Rimbaud, Verlaine) que fueron muy imitados por otros escritores decimonónicos y de inicios del siglo XX. En el caso boliviano, la generación de los primeros intelectuales fue menos afectada que las posteriores, sobre todo aquéllas que se desarrollaron en pueblos pequeños, en los cuales la chichería con gramófono y tragos baratos constituyó el lugar de las tenidas literarias y algo más. Medinaceli sucumbió allí.

El término de intelectual aplicado a los escritores de comienzos del siglo XX alude a la aparición de una vocación, que fue una manera nueva de enfocar los problemas y que algunos llevaron hasta el fin, que no es lo mismo que lograr la meta: Alarcón, Arguedas, Bedregal, Chirveches, Mendoza y Tamayo fueron ante todo hombres de pluma. Finot no la dejó tampoco en medio de sus ocupaciones diplomáticas. Los ideales de estos hombres encarnados en la palabra no fueron un vago mensaje, coloreado de las modas e ideologías de la época; estuvieron al servicio de su intención, cumplida en unos más, en otros menos, y en otros apenas esbozada. Quisieron revelar la realidad mostrando sus conflictos internos, criticándola. Ideología hubo, aunque escapó a su intención consciente. En los textos que circularon buscaron controlarla en su expresión partidaria, militante, que condenaron abiertamente. Los demás del grupo, con el paso de los años, colocaron las exigencias intelectuales en un segundo plano. Los

primeros tampoco pusieron de lado la política, pero prefirieron supeditarla a las exigencias de la vocación.

La presencia en la escena pública de estos escritores se prolongó por tres o cuatro décadas, durante las cuales se sucedieron varios regímenes políticos. Varios de ellos estuvieron siempre atentos a sus actos y a las posibles interpretaciones por parte de la opinión, sin conseguir eludir el ser tildados de inconsecuentes u oportunistas, el mismo reproche que ellos solían hacer a los políticos. Cuando el presidente Saavedra ofreció a Argüedas el consulado en París, éste efectuó una encuesta entre personalidades sobre la conveniencia o no de aceptar el ofrecimiento. La gran mayoría de los interrogados respondió afirmativamente, pero luego, cuando aceptó el cargo, llovieron las recriminaciones.

La realidad novelesca o histórica expuesta en los libros sugirió un mundo descarnado, de fuerzas elementales, básico, a la vez cautivante y mixtificador, realista y caricaturesco, en particular el de Argüedas, Chirveches, Tamayo y Gutiérrez. Ágiles para denunciar bulliciosamente la corrupción de los gobernantes, su miopía, no creyeron sin fisuras en el humanismo abstracto, en la universalidad de los valores de verdad, justicia y consecuencia, pero trataron de verlos plasmados en algún grado en la realidad.

Fue en nombre de tales principios que Argüedas, lejos de las acusaciones de oportunismo que también lo señalaron, no transigió en el contenido de su obra histórica y se despreocupó de las consecuencias. En la oposición hecha por M. Weber entre la ética de la responsabilidad y la de convicción, se inclinó por esta última

opción. Tamayo también dio a sus posiciones la altura de una moral jamás rebajada. Sostuvo que “ciertos hombres no necesitan crecer porque han nacido crecidos”. Se refería a él. Tuvo una alta idea de su carácter y de sus valores, aun cuando la crítica de sus contemporáneos por sus actos arremataba. Tejada Sorzano, en los difíciles tiempos de su presidencia, prefirió no baratear sus convicciones por prolongarse en el poder.

Las largas carreras de estos hombres y los compromisos que asumieron alentaron las acusaciones de traición de sus convicciones, juzgados antes por las apariencias que por las razones. En ciertos casos las opiniones eran correctas. Gutiérrez, por ejemplo, no tuvo gratuitamente los reproches de ceder sus principios para transar con los poderes políticos. Hizo cambios de posiciones que justificaron aquellas percepciones adversas.

## El papel de la palabra en los intelectuales

Para cumplir su cometido, los jóvenes intelectuales eligieron la palabra escrita y oral como medio de expresión. Varios de ellos dieron sus primeros pasos escribiendo poesía, marcada, en general, por el sello de las corrientes modernistas. El estilo de los versos, las armonías, eran ya una crítica a las tradiciones. Luego la mayoría abandonó los versos. Mas Tamayo hizo sobre todo poesía. Los poetas fundaron revistas en las ciudades más importantes y organizaron festivales para hacer conocer al público sus poemas. Tamayo, Reynolds y Jaimes Freyre se elevaron en el ámbito poético a lugares destacados, reconocidos por propios y extra-

ños. Los demás se dedicaron a la novela, el ensayo y el periodismo con un estilo diferente al de sus mayores, cultivando frases menos pomposas y más directas.

Argüedas tuvo horror del verbalismo, de la retórica vacía. Prefirió la frase sencilla, sin adornos inútiles, próxima de las “presencias reales” que describía, aunque no siempre bien balanceada. “Esa peculiarísima sintaxis,” que llamó la atención al crítico L. A. Sánchez, Blanco Fombona la defendió para todos. Alabó el estilo de escribir de los autores de la región y rechazó la afirmación de que escribían en un castellano afrancesado, con un vocabulario y una sintaxis prestada. “Hemos cumplido una revolución dentro del carácter y el alma de nuestra preciosísima lengua. La diferencia entre nosotros y los peninsulares es sólo el progreso...los que más han contribuido a la evolución de nuestra lengua son personas que, si bien empapadas de literatura extranjera, conocían al dedillo los clásicos españoles... los que cultivan la hermosa lengua neoespañola con más fortuna no construyen sus frases en francés ni a la francesa, aunque no tengan el horror del galicismo y hayan hispanizado muchos. Nuestro castellano se diferencia del viejo español en que es más flexible, más rico en giros, más copioso en vocabulario”<sup>97</sup>. El autor de *Raza de bronce*, tan criticado tanto por el orden de sus palabras como por la selección de éstas, que no obstante conseguían el efecto buscado, probablemente se encontró en esa línea. Como su héroe de ficción, Ramírez, él siempre tenía consigo un ejemplar del Quijote.

Argüedas hizo una larga entrada en el Diario referida a una novela de Turgenieff en la cual el personaje principal, Demetri Roudine, un hábil hablador sobre todos los problemas del mundo que toma las ideas de otros como propias y las envuelve en un lenguaje brillante y colorido a fin de ponerse en ventaja, de sobresalir, le resultó atractivo por el parecido con los charlatanes del país, simuladores del talento con una verborrea hueca. El desenlace le gustó más, porque Roudine reconoce la inutilidad de la locuacidad, de la palabra fácil para edificar algo sólido en la vida y concluye haciéndose matar en una barricada de París. Para Argüedas, el “roudinismo” local abundaba en la política y en el periodismo. Los adeptos a él ni siquiera conocían el arrepentimiento. De ahí la consternación que le provocaba el lenguaje “hojarascoso”<sup>98</sup>.

Tamayo gustó del verbo poético y enjundioso. Sánchez Bustamante criticó el empleo de neologismos y de giros alambicados. Para todos ellos la palabra fue el instrumento básico de su oficio. De manera general prefirieron una prosa cuidada, pero sin demasiados florilegios. La retórica altisonante, creyeron, sirve más para encubrir la verdad, las intenciones de los personajes, que para descubrirlas. Tamayo fue entre los del grupo el más entregado a la frase hiperbólica en sus polémicas y hasta en sus versos. No estuvieron lejos de creer que sin sus libros, sus artículos, escritos en lenguaje llano, la posibilidad de cambiar las cosas quedaría recubierta por las prácticas cotidianas, por la gángana de los hábitos arrastrados de lejos o por los intereses actuales de las facciones.

97 R. Blanco Fombona, “La cuestión del neo-español”, en *Letras...*, op. cit., p.129.

98 A. Argüedas, Diario, 5-I-1923.

Los nuevos intelectuales se sintieron cómodos en las polémicas de la época, fueran sobre la educación, la democracia, la pena de muerte o los tratados internacionales. Mezclaron los resultados de las ciencias de su tiempo con un desenfado iconoclasta, en un cocktail explosivo. La controversia acerca de la educación, por ejemplo, movilizó a Sánchez Bustamante, Tamayo y Guzmán, entre otros. Cada cual planteó con vigor sus puntos de vista, en los cuales reaparece el tema del universalismo y el localismo en la pedagogía, de manera específica en la enseñanza de los grupos indígenas. No rehuyeron en el debate los golpes más duros a las posiciones y a la persona del adversario, que tampoco era manco.

Otra polémica llevada adelante por escritores que cronológicamente no pertenecían a la generación citada, pero que, por la época de publicación de sus estudios históricos, caen de lleno en el propósito que caracterizó a aquella, quiso poner en claro la naturaleza de las dictaduras que campearon en la sociedad boliviana y en el continente. En ella terciaron escritores como I. Tamayo, con el seudónimo de Thajmara (*Habla Melgarejo*, 1914), A. Gutiérrez (*El melgarejismo antes y después de Melgarejo*, 1916), A. Guzmán (*Libertad o despotismo. El melgarejismo después de Melgarejo*, 1918) También intervino Argüedas, quien se ocupó del fenómeno en su *Historia de Bolivia*. Saavedra publicó un texto de orden teórico: *La democracia en nuestra historia*, con propuestas para el país, cuando ya había superado su fase de liberal. Argüedas lamentó en el Diario que aquél no hubiese seguido

la teoría del libro y se hubiese convertido en una suerte de caudillo autoritario.

Estas polémicas se dieron principalmente entre los integrantes de la primera generación de intelectuales. Más tarde, los escritores que aparecieron tuvieron que enfrentarse con ella, con sus ideas, distanciarse o seguirlas, al menos en parte. A veces creyeron superarlas, dejarlas atrás, hundirlas, pero más bien posibilitaron reencauzarlas hacia nuevas derivaciones, como también ocurrió con los jóvenes escritores de la posguerra de 1879 respecto a los predecesores. ¿Acaso Tamayo no se refirió con ironía a la musa oriental de Argüedas (Gabriel René Moreno)? De suerte que lo que muchos autores de las nuevas camadas presentaron como el revés de una tradición, también tenía un envés. La superación y la vuelta a lo ya hecho constituye un interminable ir y venir entre los autores que comienzan y los que terminan. La angustia de las influencias, sin cesar renovada y que por supuesto va más lejos del ámbito local, impulsa a escribir a partir de otros escritos. Siempre se arranca de lo previo, por pobre que sea éste, pues fija un derrotero difícil de contornear, como sostiene el filósofo S. Cabanchik<sup>99</sup>.

Los escritores de esta época fueron hábiles ensayistas, haciendo piruetas con los saberes recogidos. Un lenguaje vigoroso, carente de oropeles innecesarios aunque no de contundencia, sirvió a sus objetivos. En los estudios de mayor envergadura no descuidaron el aparato crítico en las referencias, lo que mostró una forma más seria de formular los planteamientos, distinguiéndose de una

buena parte de los trabajos del género efectuados antes. Sin embargo, las citas aún tenían serias deficiencias, por donde se coló la crítica. Arguedas ponía cuidado en reconocer sus deudas intelectuales y censuraba a quienes se aprovechaban de los datos, a veces sin talento, dándolos por propios después de una glosa superficial, perjudicando al rigor científico del trabajo<sup>100</sup>.

Los ensayos acogieron las teorías del momento, los hechos, a veces las estadísticas, como *Pueblo enfermo*. El marco teórico utilizado combinaba a veces posiciones reñidas unas con otras, lo que quitaba coherencia al estudio. Tampoco se evitó la penetración de elementos ideológicos o añosos prejuicios, a los cuales sin ninguna paradoja las ciencias de esos años les daban un respaldo. No fueron suficientemente críticos con las teorías que adoptaron. A todo ello añadieron los principios morales que cada uno creyó tener de su lado. Eso sí, la adhesión ciega a las consignas del partido, a pesar de la militancia de los autores, no estuvo entre sus flaquezas. Su ambición fue presentar argumentos sólidos y reestablecer principios éticos incumplidos, a fin de convencer a la audiencia de las verdades que propugnaban o del planteamiento que sostenían y, no menos importante, descalificar al adversario. El avance de las mismas disciplinas sociales, que ellos invocaron, con el tiempo descubrió las debilidades de los puntos de vista manejados, aunque el interés no ha desaparecido. Los reproches actuales que se les hace caen en pocas veces en el anacronismo.

En las principales novelas que escribieron: *Vida criolla*, *En las tierras*

*del Potosí*, *La candidatura de Rojas*, *La casa solariega*, *El Cholo Portales*, *Aguas estancadas*, *Raza de bronce* y otras expresaron con prosa clara una visión crítica de las prácticas sociales y políticas. Igualmente, fustigaron las pretensiones de los personajes en ascenso social, a los nuevos ricos, a los poderosos del día y a la hipocresía de la moral convencional. Examinaron las difíciles relaciones que se daban entre los estamentos sociales. En breve, se pusieron del lado de la modernidad contra el tradicionalismo. Miraron con ojo irónico la textura enrevesada del ambiente social de las pequeñas ciudades y poblaciones de Bolivia, a horcajadas entre dos épocas. La novela proporcionó en gran medida las bases del prestigio de sus creadores. De la sociedad en la que vivieron y actuaron enviaron imágenes simplificadas y hasta deformadas destinadas a sacudir la poltronería del ambiente y a establecer otro estilo de convivencia, visible en el texto, especialmente en el sesgo de desdén repudio al tradicionalismo ñoño contenido en las descripciones.

El primer grupo de intelectuales nacionales aparecido en el momento en que el mundo seguía con apasionamiento el destino del capitán Dreyfus, alrededor del cual se organizó el combate del intelectual moderno, mientras en Bolivia se vivía las transformaciones político-sociales producidas por la Guerra del Pacífico y el triunfo de la Revolución Federal, conformó una categoría social que, más allá de las diferencias personales y de militancia, tuvo rasgos comunes en su acción, en su manera de pensar, en la opinión, expresada por medio de la palabra impresa o dicha de viva voz y

100 A. Arguedas, *La danza...*, (Aguilar), p.656.

reivindicando principios éticos. Ya en ese tiempo, la prensa desempeñó un papel de intermediario sin el cual su afincamiento hubiese sido muy difícil. Lo que no quiere decir que los intelectuales no hubiesen tenido sus embrollos con los periódicos. Aquéllos eran frecuentes, pero, en ausencia de los medios impresos de comunicación, los escritores no hubiesen alcanzado sus objetivos.

Los periódicos de esa época se podían dividir en dos categorías gruesas: los oficialistas y los de oposición, que pasaban de una a otra siguiendo la suerte de los gobiernos o los arreglos que la dirección hacía con los políticos. Las ideologías no eran muy firmes, se modificaban con facilidad. Así, el lugar dado a los intelectuales estaba determinado por la orientación del periódico, ya que los directores dejaban entrar en sus columnas los artículos que no interferían ostensiblemente con sus adhesiones y compromisos en el tablero político. Pero siempre se podía encontrar un espacio. Los escritores se acomodaban a las volteretas de los medios, saltando de un órgano a otro, pues la prensa era el medio principal de llegar a un público más extenso. Entre estas limitaciones derivadas de los intereses políticos y las ventajas de tener lectores, los jóvenes se manejaron en los periódicos desbrozando un campo para su actuación. La prensa, a su vez, logró ser útil en la difusión de ideas de aquéllos, además de ofrecer empleos a la ocasión, a veces muy poco significativos, a veces de mayor envergadura y responsabilidad. Proporcionó de esta manera una apertura para iniciarlos en el arte de escribir que la mayoría de los jóvenes aprovechó, pese a las

muchas restricciones de la época y que todavía no han sido completamente superadas. Los intelectuales de la primera generación no sólo dieron colaboraciones, también se desempeñaron como directores o periodistas de planta.

Argüedas aconsejaba a los aprendices de escritor pasar por el periódico, pero no quedarse allí, pues consideraba a la prensa como una de las enfermedades nacionales, como un factor de corrupción colectiva. Los jóvenes no debían contagiarse de la venalidad, ineptitud de ese medio<sup>101</sup>, donde los escribidores son unos ganapanes, “serviles, injustos, ingratos, olvidadizos”, pero “alardean de independencia de criterio, honradez de conducta, limpieza de intenciones”, “siendo sus directores logreros, oportunistas, trápalas y negociantes”<sup>102</sup>. Un requisitorio en forma contra la prensa, sin embargo vista como una experiencia necesaria para quienes anhelaban escribir.

Las cámaras del Congreso, a las que llegaron varios, ofreció otro terreno para ventilar sus opiniones por medio del discurso oral. Tamayo se sentía a gusto allí, mientras Argüedas, poco hábil para hablar en público, les tenía horror. Saavedra, Sánchez Bustamante, Tejada Sorzano y Vaca Chávez actuaron como parlamentarios. Tanto en la prensa como en el parlamento, donde la politización era dominante y la retórica de la palabra buscaba encubrir las, el peligro de quedarse encerrado en su maraña era grande. Sin embargo, no todos perdieron allí su norte. Por encima de la situación, varios consiguieron expresar lo que en conciencia creían su deber.

101 A. Argüedas, *La danza...*, (Aguilar), pp. 690-691.

102 A. Argüedas, *Pueblo...*, op. cit., p. 127.

Los medios hoy, que no son los de antes, se han ampliado y cambiado, adoptado nuevos soportes, principalmente audiovisuales y propiciado la ampliación de la categoría del intelectual. Con el tiempo, los intelectuales adquirieron un compromiso militante partidario o ideológico más orgánico que el de los jóvenes de la primera camada en sus años iniciales. Asimismo, la categoría incluyó otro tipo de actividades distintas a las del escrito o el discurso oral, se abrió a los artistas, a los comunicadores y no deja de extenderse. Negar que los primeros también tuvieron su compromiso político sería falsificar los hechos, pero para algunos, por lo menos en los momentos fuertes de su existencia, la palabra escrita o dicha de viva voz, preñada de valores éticos y estéticos, que concibieron como reveladora de lo real, pesó más que cualquier otro compromiso.

La generación de Gesta Bárbara en sus comienzos se concibió alejada de la política de los partidos. Sin embargo, a medida que los lazos del grupo se debilitaban, los miembros fueron incorporándose a diferentes agrupaciones políticas. Después del conflic-

to del Chaco, el compromiso político pasó a caracterizar la actividad intelectual. La historia de los intelectuales en Bolivia de las primeras décadas del siglo XX, aunque enmarcada por la política y sus pasiones, fue igualmente la de luchas e inquietudes que buscaron algo más allá de la política y de las ideologías.

Con el avance de la sociedad tecnocrática, de los medios de comunicación, con el desarrollo urbano, figuras distintas como la del especialista, la del experto, la de los artistas y deportistas, toman el lugar del intelectual. El mundo se llena de nuevos significados, de debates diferentes, para los cuales el intelectual de viejo cuño ya no cuenta con el equipo más apto para dar respuestas. Los instrumentos de aquel entonces ya no son los mejores o los más adecuados para un público conquistado por los audiovisuales. Empero, el recuerdo de su aparición en el ámbito nacional, hace ya más de un siglo, ayuda a descubrir que las luchas por la modernidad, que él en su obra ejemplificó, piden otra vez consideración en medio de las preocupaciones de hoy.

# Bibliografía

- ABECIA, V.  
*Valentín Abecia*, Ed. Universo, La Paz, 1993.
- ALBARRACIN, J.  
*El gran debate*, Ed. Universo, La Paz, 1978.  
A. *Arguedas: La conciencia crítica de una época*, Ed. Universo, La Paz, 1979.  
A. Chirveches, Ed. Réplica, La Paz, 1979.
- ANDERSON IMBERT, E.  
*Historia de la literatura hispanoamericana, F.C.E., México, 1974.*
- ANSART, P.  
*Ideologies, conflit et pouvoir*, P.U.F., Paris, 1977.
- ARGUEDAS, A.  
*Diario 1900-1945*, 12 volúmenes, mecanografiado.  
*La danza de las sombras*, Sobs. López, Barcelona 1934.  
Obras completas, Eds. Aguilar, México, 1959, 2 tomos. L. A. Sánchez (editor).  
*Tapas en la vida de un escritor*, s/e., 1963.  
M. Alcázar (comp.)  
Vida criolla, Ed. Camarlinghi, La Paz, 1975.  
1ª ed. 1905, 2ª ed. 1912.  
*Pueblo enfermo*, Ed. Isla, La Paz, 1979. 1ª ed. 1909.  
*Raza de bronce*, Losada, Buenos Aires, 1979. 1ª ed. 1919.
- BALLIVIÁN, R.  
*Entreactos*, Ed. Universo, La Paz, 1961.
- BAPTISTA GUMUCIO, M.  
*Yo fui el orgullo: vida y pensamiento de Franz. Tamayo*, Ed. Amigos del Libro, La Paz, 1978.
- BAPTISTA, M.  
*La cuestión social*, tomo III de las Obras completas, Renacimiento, La Paz, 1932.  
"La empresa jacobina en Bolivia," en M. Baptista, *La cuestión social*, op.cit.,  
"Novadores", en M. Baptista, *La cuestión social*, op. cit.
- BARRIÈRE, P.  
*La vida intelectual en Francia desde el siglo XVI hasta la época contemporánea*, U.T.H.E.A., México, 1963.
- BEDREGAL, J. F.  
*La máscara de estuco*, Arnó Hnos., La Paz, 1924.
- BERARDINELLI, A.  
*La cultura del 900: Literatura*, Ed. Siglo XXI, México, 1985.
- BLANCO FOMBONA, R.  
"La cuestión del neo-español", en Blanco Fombona R., *Letras y letrados...*, op. cit. *Letras y letrados de Hispanoamérica*, Ollendorff, Paris, 1908.  
*El hombre de hierro*, Garnier Hnos., Paris, 1913(?).
- BLOOM, H.  
*El canon occidental*, Anagrama, Barcelona, 1995.
- CABANCHIK, S.  
*El revés de la filosofía. Lenguaje y escepticismo*, Ed. Biblos, Buenos Aires, 1993.
- CHARLE, CH.  
*Les intellectuels en Europe au XIX siècle, Essai d'histoire comparée*, Points, Ed. Seuil, Paris, 2001.
- CHARTIER, R.  
*El mundo como representación*, Ed. Gedisa, Barcelona, 1992.
- CHIRVECHES, A.  
*Celeste*, Ed. Isla, La Paz, 1973, 1ª ed. 1905.  
*La casa solariega*, Ed. Juventud, La Paz, 1992, 1ª ed. 1916.  
*La ninfa del lago*, Ed. Juventud, La Paz, 1993, 1ª ed. 1920.  
*La candidatura de Rojas*, Ed. Juventud, La Paz, 1996, 1ª ed. 1905.
- COSER, L.  
*Sociology through Literature*, Prentice Hall, Englewood, Cliffs, 1963.  
*Hombres de ideas*, F.C.E., México, 1968.
- COSTA DU RELS, A.  
"La Miskki Simi", en A. Soriano B., *El cuento boliviano: 1938-1967*, UMSA, La Paz, 1968.
- CRESPO, L. S.  
"Imprentas en La Paz", en *Historia y Cultura* N° 12, Ed. Don Bosco, La Paz, 1987.
- DALLENBACH, L.  
*Le récit spéculaire*, Le Seuil, Paris, 1977.
- DE HOSTOS, E.  
*Tratado de sociología*, Bailly-Balliere e hijos, Madrid, 1904.

- DEMELAS, M. D.  
*Nacionalisme sans nation? La Bolivie aux XIX-XX siècle*, Ed. du C.N.R.S., Paris, 1980.
- DÍAZ MACHICAO, P.  
*Prosa y verso en Bolivia*, Ed. Amigos del Libro, La Paz, 1966, 3 tomos.
- DÍEZ DE MEDINA, F.  
*Literatura boliviana*, Ed. Aguilar, Madrid, 1954.  
*Tamayo: hechicero del Ande*, Ed. Juventud, La Paz, 1968.  
“Para nunca”, en E. Oblitas Fernández, *La polémica en Bolivia*, s/e. La Paz, 1992.
- DURKHEIM, E.  
*Les règles de la méthode sociologique*, P.U.F., 15 ed., Paris, 1963.
- ECO, U.  
*Lector in fabula*, Grasset, Paris, 1985.
- ESCARPIT, R.  
*Sociologie de la littérature*, P.U.F., Paris, 1964.
- FINOT, EMILIO  
*Antología boliviana*, Lakermance Hnos., La Paz, 1913.
- FINOT, ENRIQUE  
*Nueva historia de Bolivia*, Fundación Universitaria Patiño, Imp. López, Buenos Aires, 1946.  
*Historia de la literatura boliviana*, Ed. Gisbert, 2ª ed., La Paz, 1955.  
*El cholo Portales*, Ed. Juventud, La Paz, 1997, 1ª ed. 1926.
- FRANCOVICH, G.  
*El pensamiento boliviano en el siglo XX*, F.C.E., México, 1956.  
Alcides Arguedas, ed. juventud, La Paz, 1979.
- FUNDACIÓN MANUEL VICENTE BALLIVIÁN  
*Epistolario de Arguedas. La generación de la amargura*, F.M.V.B., La Paz, 1979.
- GARCÍA CALDERÓN, F.  
*Les democraties latines de l'Amérique*, Flammarion, Paris, 1912.
- GOLDMAN, L.  
*Pour une sociologie du roman*, Gallimard, Paris, 1969.
- GÓMEZ FERNÁNDEZ, D.  
*La poesía lírica de Franz Tamayo*, Ed. Amigos de Libro, La Paz, 1968.
- GONZÁLEZ, B. et al.  
*Esplendores y miserias del siglo XIX: cultura y sociedad en América Latina*, Ed. Monte Ávila, Equinoccio, Univ. S. Bolívar, Caracas, 1995.
- INCH, M.  
*Casto Rojas*, Banco Central de Bolivia, La Paz, 1889.
- KRISTEVA, J.  
*Le texte du roman*, The Hague, Mouton, Paris, 1970.
- LEYMARIE, M.  
*Les intellectuels et la politique*, P.U.F., Paris, 2001.
- LIPSET, S. M.  
*Political Man*, Doubleday and Co., 1961.
- LUKACS, G.  
*La théorie du roman*, “Meditations”, Paris, 1963.
- MACHEREY, P.  
*A quoi pense la littérature*, P.U.F., Paris, 1990.
- MARTÍNEZ, A.  
“La ilustración latinoamericana y la modernización de la sociedad”, en B. González et al., *Esplendores y miserias del siglo XIX*, op. cit.
- MAGAZINE LITTÉRAIRE  
“Les enervés de la belle époque”, N° 288, Mayo, 1991.
- MARCOU, L.  
*L'autobiographie*, Garnier-Flammarion, Paris, 2001.
- MEDINACELI, C.  
*La alegría de ayer*, Imp. Artística, La Paz, 1968.  
“En el país de los ciegos”, en La alegría de ayer, op., cit.  
“La personalidad intelectual de don J. Mendoza”, en *La alegría de ayer*, op. cit.
- MENDOZA, J.  
*En las tierras del Potosí*, Ed. juventud, La Paz, 1992, 1º Ed. 1905  
“Hónrame”, en P. Díaz Machicao, *Prosa y verso de Bolivia*, op. cit., tomo I.
- OBLITAS FERNÁNDEZ, E.  
*La polémica en Bolivia*, s/e, La Paz, 1992.
- OFICINA NACIONAL DE INMIGRACIÓN  
Boletín N° 9 y 10 (Resultados del Censo Nacional 1900), s/e, La Paz, s/f.

- ORY, P. y F. SIRENELLI  
*Les intellectuels en France, de l'affaire Dreyfus à nos jours*, A. Colin, Paris, 1992.
- OTERO, G. A.  
*El honorable Poroto*, "La Prensa", La Paz, 1921.  
*Memorias*, Lit. e Imprentas Unidas, La Paz, 1977.  
*Figuras de la cultura boliviana*, Ed. Juventud, La Paz, 1993, 2ª ed.
- PAZ SOLDÁN, E.  
*Alcides Arguedas y la narrativa de la nación enferma*, Plural, La Paz, 2003.
- RAMA, A.  
*La ciudad letrada*, Edic. del Norte, Hannover, 1984.
- ROBINSON WRIGHT, M.  
*Bolivia*, G. Barrie and Sons, Philadelphia, 1906.
- ROCA, J. L.  
"Arguedas y la cofradía de "El Napolitano", en F.M.V.B., *Epistolario de Arguedas*, op. cit.
- ROMERO, J. L.  
"Ilustración y liberalismo en Iberoamérica", en F. Vallespin, *Historia de la teoría política*, tomo III, Alianza Editorial. S.A., Madrid, 1995.
- ROMERO PITTARI, S.  
*Las Claudinas. Libros y sensibilidades a principios de siglo*, Ed. Caraspas, La Paz, 1998.
- SAAVEDRA, B.  
*La democracia en nuestra historia*, Gonzáles y Medina, La Paz, 1921.
- SALMÓN, J.  
*El espejo indígena: El discurso indigenista en Bolivia 1906-1956*, Plural, La Paz, 1997.
- SÁNCHEZ BUSTAMANTE, D.  
*Principios de sociología*, Imp. Artística, La Paz, 1903.  
*Opiniones y discursos*, Imp., Velarde, La Paz, 1905.  
"¿Algo sobre modernismo?" en D. Sánchez Bustamante, *Opiniones y discursos*, op. cit.  
"¿Por qué se escribe en Bolivia?" en *Opiniones y discursos*, op. cit.  
"Cochabamba intelectual", en *Opiniones y discursos*, op., cit.,  
"El pensamiento en Bolivia en 1987", en *Opiniones y discursos*, op. cit.
- "¿Por qué se escribe en Bolivia?", en *Opiniones y discursos*, op., cit.  
"Prólogo para Derecho minero" de E. Mallea Balboa, en *Opiniones y discursos*, op. cit.
- SIRENELLI, J. F.  
"Les intellectuels au miroir du siècle", *Magazine Littéraire*, N° 248, 1987.  
*Histoire de droites en France*, Gallimard, Paris, 1992.
- TAINE, H.  
*Historia de la literatura inglesa*, La España Moderna, Madrid, s/f.  
*Filosofía del arte*, Ed. Iberia, Barcelona, 1960.
- TAMAYO, F.  
*Creación de la pedagogía nacional*, Ministerio de Educación, Bellas Artes y Asuntos Indígenas, La Paz, 1944, 1º Ed.1910.  
*Tamayo rinde cuenta*, Ed. Don Bosco, La Paz, 1947.
- TESNIERE, V.  
"L'edition universitaire" en R. Chartier, H. Jean Martin, *Histoire de l'edition française*, Fayard, Paris, 1990, vol III
- TUCHMAN, B.  
*The proud tower*, Ballantine Books, New York, 1996.
- UGARTE, M.  
*Escritores iberoamericanos de 1900*, Santiago de Chile, 1943.  
*El porvenir de América Latina*, Ed. Indoamericana, Buenos Aires, 1953.
- VÁZQUEZ MACHICADO, H.  
*Los precursores de la sociología boliviana*, Ed. Don Bosco, La Paz, 1991.
- VILLENA, M.  
*Las tentaciones de Don Ricardo*, I.E.B., La Paz, 2003.
- WIETHÜCHTER, B. et al.  
*Hacia una historia crítica de la literatura en Bolivia*, P.I.E.B., La Paz, 2002.
- WINOCK, M.  
*Le siècle des intellectuels*, Ed. du Seuil, Paris, 1999.  
*Les voix de la liberté*, Ed. du Seuil, Paris, 2001.
- ZERAFFA, M.  
*Roman et société*, P.U.F., Paris, 1971.